



Los virus del Edén

¿Qué tiene Dios que ver
con esto?

ALFONSO ROPERO BERZOSA

LOS VIRUS DEL EDÉN

¿QUÉ TIENE DIOS QUE VER CON TODO ESTO?

Por

Alfonso Roper Berzosa



Alfonso Roper, historiador y teólogo, es doctor en Filosofía (Sant Alcuin University College, Oxford Term, Inglaterra) y máster en Teología por el CEIBI. Es autor de, entre otros libros, *Filosofía y cristianismo*; *Introducción a la filosofía*; *Historia general del cristianismo* (con John Fletcher); *Mártires y perseguidores* y *La vida del cristiano centrada en Cristo*.

Siglas de versiones bíblicas citadas:

BLP Biblia La Palabra. Sociedad Bíblica Española

DHH Dios habla hoy. Sociedades Bíblicas Unidas

LBLA La Biblia de las Américas. The Lockman Foundation

NVI Nueva Versión Internacional. Sociedad Bíblica Internacional

Comentarios

“Un trabajo de lo más serio y profundo que he leído sobre el tema”

Xabier Pikaza

“Excelente trabajo que comparto”

Plutarco Bonilla

“Muy buen trabajo”

Antonio Cruz

“Ninguno debería perderse este sabio trabajo”

Pedro Gelabert

Índice

INTRODUCCIÓN

I. ¿TIENE DIOS ALGO QUE VER CON ESTA PANDEMIA?

¿Castigo de Dios?

La imposible teodicea

II. LOS VIRUS DEL EDÉN

Dios y las bacterias

¿Cuándo creó Dios las bacterias?

Somos, vivimos y nos movemos entre microbios

III. CUANDO LA NATURALEZA/DIOS HABLA POR MEDIO DEL CORONAVIRUS

Un toque del cielo

El despertar de los virus

El comercio de animales salvajes

Un mensaje naturalmente divino

IV. ANTES Y DESPUÉS DEL COVID-19

Una tormenta anunciada

Virus liberados del hielo

V. LA ECONOMÍA DEL CORONAVIRUS

Divino Mercado

De Marduk a Wall Street

VI. LA GRAN MUTACIÓN

¿Cómo saldremos de esta?

Conversión o barbarie

Los Virus Del Edén

¿Qué tiene Dios que ver con esto?

Por

Alfonso Roper Berzosa

Edición gratuita.

Edición y diseño: Revista Renovación ©

(editorenovacion@gmail.com)

http://revistarenovacion.es/Revista_Renovacion.html

<https://revistarenovacion.wordpress.com>

Portada: Lola Calvo ©

España (UE)



Nota editorial

La pandemia de la COVID-19 nos ha cogido en general desprevenidos a todos, desde oriente a occidente, de norte a sur; a pesar de las advertencias que la comunidad científica venía notificando a través de informes pertinentes. Esta pandemia, como otros desastres naturales, ha generado otra “pandemia” paralela de bulos y conspiraciones; nada nuevo. Este coronavirus, por otro lado, ha puesto en evidencia, como se suele decir, *lo peor* del ser humano, de algunos seres humanos; pero, afortunadamente, también *lo mejor* de él: basta citar el altruismo, el espíritu de sacrificio, la solidaridad de hombres y mujeres, pertenecientes a las organizaciones no gubernamentales, junto con la competente intervención de los Cuerpos de Seguridad del Estado, la Sanidad Pública, Protección Civil, el Ejército, etc. Esta realidad pone ante nosotros un horizonte de esperanza en el futuro a pesar de lo vulnerable y cambiante que es el ser humano.

En el ámbito religioso, la gran mayoría ha estado a la altura de las circunstancias de la COVID-19. Pero no han faltado los mensajeros apocalípticos, conspiranoicos, defraudadores y tóxicos de toda clase en lo que va de esta pandemia. En este ámbito en especial, pero no exclusivamente, encuentra su lugar este trabajo de Roper. El autor ha realizado un trabajo a conciencia, con todo rigor académico e investigativo, abordando diferentes aspectos que el tema de la COVID-19 exigía.

Por nuestra parte, agradecemos sinceramente la deferencia que el autor ha tenido poniendo su obra a nuestra disposición para ofrecerla a los lectores de manera totalmente gratuita, como es habitual en este rincón literario de Renovación.

En pleno Estado de Alarma 2020,

Emilio Lospitao

Editor

Introducción

De repente, el mundo se ha parado. No se ha detenido el tiempo, se ha paralizado nuestra manera de vivir. Estado de alarma. No más viajes por tierra, mar y aire. Universidades y colegios cerrados. Toda la población confinada en sus hogares. Calles solitarias, plazas vacías. Miles y miles de contagiados y muertos en todo el mundo. Una escena propia de una película de ficción. Pero no, no es una ficción, ni una pesadilla, es la triste realidad. Los hospitales, los supermercados y las fuerzas de seguridad son el único indicio de que la vida sigue con una normalidad extraña, pero cotidiana.

En estas circunstancias, la pérdida de seres amados, o de conocidos, de gente de nuestro barrio, nos produce el escalofrío de nuestra propia vulnerabilidad, lo precario que somos todos, lo expuesto que estamos a que la guadaña del virus siegue nuestra vida.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación?

Aparte de la causas humanas, políticas y económicas, de las que hablaremos después, líderes de las grandes religiones monoteístas —judaísmo, cristianismo e islamismo— han salido a la palestra para decir que esta pandemia es una manifestación del *justo juicio y castigo de Dios* por nuestros pecados. No todos están de acuerdo con este dictamen, pero sí muchos. Otros asumen con resignación, que Dios *permite* esta situación quizá

para enseñarnos algo. John Piper es un pastor estadounidense y un autor bien conocido. Desde su concepción de fe en un Dios vivo y presente en la vida de los hombres y mujeres, y especialmente en los creyentes, no ve ningún problema en lo que ocurre, sino todo lo contrario, ya que “Dios que tiene los virus en sus manos”. Él es el Soberano, de tal modo que “el secreto para estar tristes, pero siempre alegres es saber que la *soberanía que puede detener el coronavirus, y no lo ha hecho, es la misma soberanía que sostiene el alma en medio de la pandemia*”[1]. De manera que Piper ni afirma ni niega que la pandemia sea un castigo Dios, no para los creyentes, que pueden ser *probados*, pero no castigados, lo que dice es que Dios es soberano sobre el coronavirus y, por tanto, en medio de esta pandemia, “nadie puede consolar nuestras almas de la forma en que Dios lo hace”[2]. La suya es una fe incondicional, sin dudas: “Si Él quiere, viviremos. Si no, no viviremos”[3]. Estas afirmaciones tienen su lugar si tratan de afianzar la seguridad del creyente o despertar la conciencia de quienes ignoran la existencia de algo más allá de lo que perciben sus sentidos, pero no son realistas, y menos en el caso concreto del coronavirus. Si las tomamos al pie de la letra no avanzaríamos nada en la investigación de la naturaleza de este virus y en las causas de su contagio mundial, de modo que son contraproducentes a la hora de aportar una visión cristiana al entendimiento y solución de la pandemia.

Muchos evangélicos de tendencia *milennial*, entre ellos John Piper[4], perciben en la pandemia del coronavirus y del caos económico que se avecina las señales del Apocalipsis, del tiempo de tribulación que precede a la segunda venida de Cristo. Según una encuesta difundida por *LifeWay Research*, el 89 por ciento de los pastores evangélicos estadounidenses que interpretan las escrituras cristianas de forma literal dicen que "*los eventos*

actuales concuerdan con lo que Jesús dijo que ocurriría antes de que Él regresase a la tierra”[5].

El teólogo vasco, José Arregui, jugando con el sentido original de apocalipsis no como cataclismo, sino revelación, hace la atrevida afirmación que “en la pandemia se revela la salvación”. Su argumento es digno de consideración:

“Las palabras lo dicen: virus, en latín, significa “veneno”, y en el veneno se encuentra el antídoto. Virus significa también “jugo”. Podéis convertir el jugo venenoso en jugo saludable y sabroso de la vida, o podéis seguir segregando y difundiendo por el planeta vuestros propios venenos –el miedo, la codicia, la competición feroz, la prisa creciente–, mucho más nocivos para el planeta, para los más pobres primero y al final para todos. Podéis sacar lo mejor y lo peor del virus y de vosotros. O bien vuestra especie, tan maravillosa y contradictoria, colapsará del todo, víctima de sus emociones destructivas, o bien dará por fin, personal y colectivamente, un gran salto espiritual hacia una conciencia profunda, universal, ecológica, y entonces renacerá. En vuestras manos está desaparecer o renacer, dice a todos el Ángel de la Vida”[6].

Es evidente que la situación presente se presta a varias interpretaciones, según del punto de vista que se adopte. En medio de las distintas voces que se están escuchando estos días, nos gustaría aportar la nuestra como una humilde aportación a un debate que debe ser tratado con sensibilidad y rigor. La nuestra es una perspectiva cristiana, teológica, pensada bíblica y racionalmente a la luz los conocimientos científicos que hoy tenemos de la medicina y el medio ambiente, sin olvidar los condicionantes económicos, un factor que ha jugado un papel determinante en esta crisis sanitaria.

Alfonso Roper

Tomelloso, el Wuhan de La Mancha, 30 de Abril de 2020

Notas

[1] John Piper, *Coronavirus y Cristo*, p. 22. Poiema Publicaciones, 2020.

[2] Id., p. 27.

[3] Id., p. 43.

[4] “Mi punto es este: Jesús quiere que veamos los dolores de parto (incluyendo el coronavirus) como recordatorios y alertas de que Él viene, así que debemos estar preparados”, Id., p. 76.

[5] *Vast Majority of Pastors See Signs of End Times in Current Events*. 7 Abril 2020. <https://lifewayresearch.com/2020/04/07/vast-majority-of-pastors-see-signs-of-end-times-in-current-events/>

[6] José Arregui, *Apocalipsis. Revelaciones de la Covid-19*. https://www.religiondigital.org/el_blog_de_jose_arregui/Coronavirus-Apocalipsis-Pandemia-Genesis_7_2217748214.html



¿Tiene Dios algo que ver con esta pandemia?

Lo que nadie podía pensar se ha hecho realidad: la paralización de un día para otro de toda actividad económica a nivel mundial, excepto los servicios esenciales. El mundo moderno estaba tan confiado en sus logros avances tecnológicos y tan obsesionado con una economía de crecimiento ilimitado, que la actual pandemia del coronavirus ha sido un golpe brutal que ha dejado noqueado el sistema actual, con su ritmo vertiginoso de actividades empresariales y afluencia de personas de un lugar a otro del mundo.

Hace tanto tiempo desde la última epidemia en el mundo avanzado —la gripe de 1918, cuyas devastadoras consecuencias superaron la cifra de cien millones de muertos[7]—, que todos habíamos asumido que esto pertenecía al pasado remoto, al tenebroso mundo medieval con sus pestes y plagas; o que se reducía a los países pobres, y dentro de estos, a los parias de la sociedad. Ahora, cada día nos enteramos de nuevos casos de contagiados de individuos pertenecientes a la élite económica, política, social y religiosa. Un virus sin distinción de clases ni de países, que salta estamentos y fronteras. Nadie se salva, ni la cultura, el deporte o la religión. Todos confinados, todos en cuarentena. Cada cual reducido al espacio de su hogar. “Creímos que podíamos vivir, si éramos parte del contingente de privilegiados, en un invernadero —escribe el filósofo argentino Ricardo Foster—. Protegidos de la intemperie climática, del

calentamiento global, de la miseria creciente, de la violencia y de las pestes que diezmaban a los pobres y hambrientos del mundo. El invernadero se rompió en mil pedazos no por la fuerza de una humanidad en estado de rebeldía sino por la llegada de organismos infinitesimales e invisibles capaces de penetrar por todos los intersticios de una sociedad desarmada y desarticulada que hace un tiempo decidió vivir bajo el signo de «sálvese quien pueda». El virus nos recordó de modo brutal que esa es, también, una quimera insolente, otra fantasía de un sistema aniquilador”[8].

Ni en tiempos de guerra había ocurrido algo igual. Los difuntos sin un funeral como es propio. Enterrados o cremados apresurada, clandestinamente. Nunca han estado los muertos más solos como ahora. Malos tiempos para enfermar o para morir.

¿Castigo de Dios?

No tiene nada de extraño que algunos se pregunten *dónde está Dios en esta epidemia, qué tiene que ver Dios con el coronavirus*[9]. Los más tradicionalistas no tienen dudas. Esta pandemia es un castigo divino. Castigo por la permisividad de la homosexualidad, el aborto, la ideología de género[10]. Una buena manera de ajustar cuentas con sus enemigos particulares. Afortunadamente no todos los religiosos son iguales, el cardenal hondureño Madariaga, asegura que el “virus, no es un castigo de Dios, porque Dios no castiga, nos ama y nos ve con una mirada llena de amor y misericordia”, al mismo tiempo que acusa de mentalidad pagana al arzobispo de Milán por decir lo contrario[11].

Todo esto del amor de Dios les suena bien a muchos, pero les parece insuficiente para describir el ser de Dios y su intervención en el mundo. ¿Acaso no es también un Dios *santo*? ¿Un Dios que aborrece el pecado, un Dios *justo* que manifiesta su ira contra los *hijos* de desobediencia (2 Tes 2:3)?

Argumentos bíblicos no les faltan. Tienen de sobra en una lectura literalista y precristiana del Antiguo Testamento. ¿No es Dios soberano, Señor de los ejércitos y de todo cuanto sucede? ¿No castigó los pecados de Israel con sequías, plagas e invasiones? ¿No es el Todopoderoso en cuya mano están las fuentes de agua arriba en el cielo y los rayos que caen a la tierra? ¿Acaso hay alguna brizna de hierba que crezca sin su permiso? ¿No dirige él el destino de todos los hombres? ¿No están en sus manos los días de cada persona?

El Señor da la muerte y da la vida,
hunde en el abismo y salva de él.

El Señor empobrece y enriquece,
rebaja y engrandece

1 Sam 2:8. BLP

¿Quién es aquel que habla y así sucede,
a menos que el Señor lo haya ordenado?

¿No salen de la boca del Altísimo
tanto el mal como el bien?

Lam 3:37-38. LBLA

En las expresiones citadas y otras semejantes, hay que tener en cuenta que el monoteísmo estricto de Israel no le permitía pensar que algo pudiera escaparse a su ejercicio de poder y control, de modo que todo lo atribuye a la acción directa de Dios, sin reparar

en los agentes humanos. Dios es único, sin compañero ni semejante. “Yo soy el Señor, y no hay otro; fuera de mí no hay ningún Dios” (Is 45:5; cf. 43:11-13). A su lado no hay antidioses o un diablo culpable del mal, solo Dios como Señor único de su creación. Solitario en su soberanía. Única causa directa de cuando existe. Es Dios mismo quien “personalmente” endurece el corazón de los que va a castigar. Es en Dios que está el poder de abrir o cerrar el corazón. “Hasta hoy *Yahvé no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír*” (Dt 29:3). Esto no significa que el pueblo hebreo negará la libertad del ser humano, la aceptaban sin sentimiento de contradicción con el actuar soberano de Dios. Los judíos vivían su fe más que razonarla. Un tema para discutir con detalle en otra ocasión.

Sin duda que Jesús compartió la visión de Dios de sus compatriotas, pero en él se percibe otro tono, otro talante, otro énfasis que no entra en polémica con la fe tradicional de sus mayores, pero que representa una nueva manera de considerar a Dios. Su manera de referirse a él. No más Señor de los ejércitos, sino simplemente Abba, “padre” en sentido familiar. No más Poderoso y Terrible (Dt 10:17), sino Amor, amor no como propiedad o atributo, sino como esencia: Dios es Amor (1 Jn 4:8). Amor compartido, amor comunitario en la trinidad de su ser[12]. Amor soberano que sufre; amor paciente que aguanta; amor que busca a la oveja perdida; amor poderoso que justifica el impío; amor asombroso que se deja matar en la persona de su Hijo. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Cor 5:19). Amor airado y dolorido por la torpeza humana, por su incredulidad, su ceguera, su egoísmo; amor sufrido que no violenta la voluntad de sus criaturas, sino que la atrae con “lazos

de amor” (Os 11:4). Amor maternal-paternal que espera a la vera del camino la vuelta del hijo pródigo.

Las desgracias no vienen sobre los hombres por *voluntad punitiva* de Dios, de ser así, los días de vida de los hombres sobre la tierra sería muy cortos y, por contra, no nos podríamos explicar las desgracias de los justos, excepto malinterpretándolas y, como los amigos de Job, atribuir las al castigo divino. Jesús nos previno contra esta manera de ver, cuando dice que Dios hace salir el sol sobre buenos y malos (Mt 5:45) y pregunta: “¿O pensáis que aquellos dieciocho, sobre los que cayó la torre en Siloé y los mató, eran más deudores que todos los hombres que habitan en Jerusalén?” (Lc 13:4).

El cristianismo ligó desde su principio la idea de Dios a la persona y mensaje de Jesús. “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelar” (Mt 11:27; Lc 10:22). Desde entonces nadie que se considere cristiano puede hacer teología, o pensar en Dios, aparte de la enseñanza de Jesús y de la puerta abierta al corazón de Dios que él nos reveló.

La imposible teodicea

En todo el mundo fieles de buena voluntad se han unido en una oración para que Dios detenga la pandemia. Se razona que si él es bueno y quiere, puede librarnos de este valle de sombra y muerte, tiene poder suficiente para ello.

¿Acaso no es esto también una manera de admitir que esta pandemia tiene su origen en Dios, que supuestamente él ha puesto en marcha y, por tanto, puede detener gracias a la intercesión de los fieles? Es difícil eliminar de un plumazo una mentalidad milenaria que siempre ha visto en la desgracias y catástrofes el azote divino, o que atribuye la enfermedad a algún

pecado oculto o ignorado del paciente. Se entiende que en situaciones de crisis afloran sentimientos atávicos.

La pregunta sobre el mal, en todas sus formas tiene un largo historial, desde los días de los filósofos griegos, cuando Epicuro (vivió entre los siglos IV y III a.C.) propuso se famoso enigma o paradoja, que más o menos dice así:

“O Dios quiere evitar el mal y no puede, entonces no es omnipotente; o puede pero no quiere, entonces no es bondadoso; o no quiere y no puede, entonces no es ni omnipotente ni bondadoso; o puede y quiere; pero sabemos que esto es incierto dado que sabemos que el mal existe”.

Muchos teólogos de primera línea como Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Martín Lutero y Juan Calvino, han tratado de responder a este dilema, pero después de tantos siglos sigue tan impenetrable como al principio. El filósofo G.W. Leibniz dedicó a esta cuestión su *Essais de Théodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal* (1710)[13]. De esta obra deriva la Teodicea como disciplina filosófica y teológico que se ocupa de justificar/disculpar a Dios de todo mal.

La cuestión del mal, del dolor en mundo, tanto en los seres racionales como irracionales, es un problema típicamente religioso que a los ateos y agnósticos les tiene sin cuidado. El mundo es como es y resulta ocioso hacerse preguntas sobre la responsabilidad de hipotético ser extra-mundano. Por eso, el filósofo Slavoj Žižek advierte que “lo realmente difícil de aceptar es el hecho de que las actuales epidemias son el resultado de la *contingencia natural en su estado más puro*, que acaba de ocurrir y no esconde ningún significado más profundo. En el orden más amplio de cosas, somos una especie que no importa”[14].

Para el conocido científico ateo Richard Dawkins, “en un universo de electrones y genes egoístas, de fuerzas físicas ciegas y de replicación genética, algunas personas van a resultar heridas, otras serán afortunadas, y no encontraremos ninguna moraleja ni razón en ello, tampoco ninguna justicia. El universo que observamos tiene precisamente las propiedades que deberíamos esperar si, en el fondo, *no hay ningún diseño, ningún propósito, ningún bien ni ningún mal, nada más que indiferencia ciega y despiadada*. El ADN ni sabe ni se preocupa. El ADN solo es. Y bailamos al ritmo de su música”[15].

La teología cristiana, por el hecho de ser, *forzosamente* tiene reflexionar sobre la existencia y el problema del mal. Cree en el sentido de la vida, en la libertad del ser humano, en la bondad de la existencia, pese al mal que la infesta y vuelve desagradable. El mal le supera, pero cree que la bondad de Dios está por encima de toda contradicción. Por eso, históricamente, los cristianos han sido los que más atención han dedicado a la cuestión del dolor y del sufrimiento en el mundo. Y han sido ellos, sin hacer filosofía, los que más se han ocupado de la paradoja de Epicuro, cuya solución puede ser insoluble pero que no ha impedido considerarla del haz y al revés. Se ha combatido con este obstáculo aunque sea para para decir, me resulta imposible superarla, pero no me rindo. Así lo viene a decir el teólogo español Juan Antonio Estrada, para quien la teología ni sabe ni puede responder *racionalmente* al problema del mal. Para él, la cuestión se reduce básicamente a respuesta práctica de espiritualidad. “Lo específico cristiano no es un saber global sobre el mal, sino la identificación con una vida, la de Jesús, y la esperanza en una promesa, la del resucitado. Se puede ser cristiano sin una teodicea resuelta”[16].

El dilema de Epicuro no llamó demasiado la atención de sus contemporáneos. Su paradoja no afecta a todos los dioses, sino particularmente a un determinado concepto de Dios, aquel que postula su bondad y su omnipotencia. Epicuro no tenía problemas en aceptar los dioses de su época; él únicamente niega a un dios que tenga las dos características básicas de omnipotencia y benevolencia, que es precisamente el Dios cristiano. ¿O no? Andrés Torres Queiruga, preocupado en toda su labor teológica de repensar los temas centrales de la teología tradicional desde el paradigma cultural contemporáneo, que asume las aportaciones de la cultura moderna y de la ciencia, concuerda con los críticos en que la paradoja de Epicuro es *irrefutable* desde el viejo postulado del Dios omnipotente y la imaginación de que un mundo-sin-mal es posible. “Un mundo-sin-mal solo puede ser visto hoy como un “fósil” cultural, un resto mítico de paraísos religiosamente primitivos o de fantasías freudianamente infantiles [...] la idea de un mundo-finito-sin-mal es tan imposible y contradictoria como las de un palo-de-hierro o de un círculo-cuadrado”[17]. Afirmar hoy que Dios no es bueno u omnipotente, porque no hace un mundo perfecto, equivale a argumentar que no lo es, porque no quiere dibujar círculos-cuadrados o no puede hacer hierros-de-madera.

Cuando empezábamos a entusiasmarnos con la “solución” iniciada por Torres Queiruga, caemos en la cuenta de que camino seguido tampoco nos lleva a un buen puerto. Nos vuelve a dejar perplejos y con una grave objeción. Si Dios, como el autor mismo reconoce, sabiendo que un mundo, si existe, tiene que ser finito y por tanto expuesto al mal, ¿por qué, lo crea a pesar de todo? Un misterio ante el que sólo cabe callar y pasar. “Afrontar el mal es el lote inesquivable de seres finitos con libertad finita”.

Pero, “¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá instruirle?” (1 Cor 2:16, DHH). Torres Queiruga propone una nueva teodicea desde la cual arrojar algo de luz sobre el misterio. Según él, esto solo es posible desde la *Ponerología*, término acuñado por él, del griego *ponerós*, “malo”, referido a un nuevo tratado teológico de afrontar el problema del mal desde la finitud del mundo. La *ponerología* afirma la *inevitabilidad* del mal dada la finitud del mundo, lo cual refuta del dilema de Epicuro, que daba por sentado la evitabilidad del mal. “E incluso me gustaría señalar que no solo permite afirmar con plena lógica la omnipotencia divina, sino que hace brillar mejor la gloria de su amor infinito de Padre(Madre). Creando por amor, sabía que sus creaturas estarían expuestas a la mordedura del mal inevitable. Pero las creó porque en su sabiduría infinita sabe que, a pesar del mal, la existencia valía la pena; en su amor incondicional está dispuesto a volcarse en ayudar; y en su omnipotencia resucitadora es capaz de liberarnos definitiva y plenamente del mal en la comunión última, cuando, libres de las condiciones físicas de la finitud, Él “será todo en todos”. Entonces resulta posible ese misterio real, pues gracias a Jesús creemos que, más allá de la muerte, Dios acoge nuestra “infinitud en hueco y aspiración”, amparándola ya para siempre jamás en el océano infinito de su amor”[18].

Notas

[7] Por cierto, se conoció como “gripe española”, pero sin que los españoles tuviéramos nada que ver con ella. En tiempos revueltos la desinformación cunde. “Tal designación se debe a que en la Primera Guerra Mundial, los principales países beligerantes, Alemania, Austria, Francia, Reino Unido y Estados

Unidos suprimieron la información sobre el alcance de la enfermedad. Por el contrario, España, al ser neutral, no necesitaba ocultarla. Este hecho produjo la falsa impresión de que este país fue el más castigado., por informar más sobre la enfermedad”. Víctor Arrogante, *La otra pandemia hace cien años; poco hemos aprendido*. <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/otra-pandemia-hace-cien-anos-poco-hemos-aprendido/20200322192134172472.html>

[8] Ricardo Foster, Desafío. *El virus no es el único peligro*, e-book. Akal, Madrid 2020.

[9] James Martin, S.J., *Where Is God in a Pandemic?*, 22 marzo 20. <https://www.nytimes.com/2020/03/22/opinion/coronavirus-religion.html>

[10] Coronavirus en México: un obispo dice que la pandemia es un castigo de Dios, https://www.clarin.com/internacional/mexico/coronavirus-mexico-obispo-dice-pandemia-castigo-dios-homosexualidad-abortos-eutanasia_0_3XEgdpJHj.html

[11] Obispos católicos y luteranos de Ecuador se unen para luchar juntos contra la pandemia, https://www.religiondigital.org/mundo/Maradiaga-coronavirus-castigo-Dios_0_2215878447.html

[12] La doctrina de la Trinidad es monoteísmo sin soledad. Dios es comunidad, dinamismo en eterna comunión consigo mismo sin egoísmo, amor puro. Es como atisbamos a comprenderlo desde nuestra finitud.

[13] Curiosamente este es el único libro que publicó en vida. Edición española: *Ensayo de Teodicea. Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*. Editorial Sígueme, Salamanca 2013.

[14] Slavoj Žižek, *¡Pandemia! El covid-19 sacude el mundo*, p. 13. Abril 2020

[15] Richard Dawkins, *El río del Edén: una visión darwiniana de la vida*, p. 133. Debate, Barcelona 2000.

[16] Juan Antonio Estrada *La imposible teodicea*. La crisis de la fe en Dios. Trotta, Madrid 2003.

[17] A. Torres Queiruga, *Mientras permanezca el prejuicio de que Dios podría si quisiera acabar con el mal del mundo, nadie puede creer en su bondad*. 20.04.2020, https://www.religiondigital.org/opinion/Andres-Torres-Queiruga-contradiccion-Dios_0_2223377646.html

[18] A. Torres Queiruga, *Repensar el mal*. De la ponerología a la teología. Editorial Trotta, Madrid 2011.



Los virus del Edén

A finales de los 90 escribí un libro con el título de *Salud, enfermedad y fe* (CLIE 1999), tratando de responder y aclarar un tema muy actual en aquel tiempo como era el don de sanidades y las curas milagrosas tan publicitadas por los carismáticos. Para ello tuve que estudiar a fondo la naturaleza de la enfermedad y sus causas, entre las que se encuentran los agentes biológicos infecciosos, como virus, bacterias, hongos y parásitos, causantes de miles de muertes, todavía hoy[19].

Así fue como me sumergí en un mundo invisible al ojo humano, pero tan inmenso y complejo como el tenemos ante la vista. El universo microbiano supera nuestra capacidad de comprensión, aunque cada vez sepamos más del mismo. Multitud de agentes biológicos microscópicos son las causantes de la mayor parte del sufrimiento y de las muertes del mundo, sobre todo en los países pobres: cólera, malaria, tifus, dengue, de ahí que se las llame “enfermedades de pobres”.

Dios y las bacterias

Como cristianos es lógico que nos hagamos preguntas y cuestionemos el papel de Dios en todo esto, toda vez que creemos en la providencia divina, estrechamente relacionada con el amor y el cuidado de Dios de su creación. El problema del sufrimiento siempre ha sido un grave obstáculo para la fe. Por naturaleza, nos negamos a creer que el mal puede convivir con el bien, si este tiene el poder de eliminarlo. Nuestra rebeldía ante el dolor en el mundo se vuelve dramática y agónica al confesar que Dios es bueno y misericordioso.

Entiendo, pues, a quienes se preguntan: ¿Por qué Dios permite la pandemia y calla?[20]

En mi caso, en el mencionado estudio de las enfermedades por infección vírica, fue un verdadero shock. A medida que profundizaba en mi conocimiento del mundo de los microbios y de las múltiples enfermedades ocasionadas por ellos; al adentrarme en la historia de las epidemias causadas a lo largo del tiempo, con sus secuelas de dolor, terror y muerte[21], quedé totalmente perplejo y con muchas inquietudes. Si Dios es el creador, o fundamento último de todo cuanto existe, ¿a qué razón obedece la creación de ese universo diminuto de galaxias y agujeros negros de microbios, de virus, de bacterias? ¿Qué sentido puede tener la creación de esos seres infecciosos causantes de tanto sufrimiento, de tanto dolor, de tantas muertes, que en tiempo de epidemia han diezmado naciones enteras y reducido a veces a la mitad de la población mundial? ¿Qué sentido puede haber en sacrificar no ya una, sino millones de personas a un organismo microscópico cuya existencia no parece obedecer a ninguna otra razón que parasitar y destruir todo aquello que toca? ¿Qué gloria puede dar a Dios que la existencia de ese universo infinitamente pequeño de microbios —virus, bacterias, hongos...— decidan la vida y muerte de los seres superiores: hombres y animales? ¿No es terrible ver que hombres, mujeres, niños, con su inteligencia y proyecto de vida, perezcan dolorosamente por culpa de un ser repugnante, o tan primitivo como el coronavirus, que no llega ni siquiera a la categoría de organismo vivo?

En mundo controlado por el azar todo es posible y nada es extraño, pero en un mundo de orden y diseño inteligente resulta totalmente incomprensible. Con todo, la fe se rebela, protesta y, ante de perecer, busca, imagina respuestas.

¿Cuándo creó Dios las bacterias?

El relato bíblico de la Creación no lo dice. Se entiende. El conocimiento de los microbios es un descubrimiento reciente, y fue tan sorprendente que el primero que relacionó ciertas enfermedades con gérmenes y bacterias

terminó en un manicomio por prescripción facultativa de sus colegas médicos. Me refiero a Ignaz Philipp Semmelweis (1818-65). Una historia trágica y lamentable. Muy triste y muy revelador de la naturaleza humana y de la fuerza del conservadurismo en oposición a las ideas nuevas. Semmelweis fue un médico húngaro que trabajaba en la primera clínica obstétrica en Viena alrededor de 1845. En ese tiempo no era raro que las madres contrajesen una infección —frecuentemente mortal— inmediatamente después del parto. La mortalidad por fiebre puerperal, que es el nombre de esa enfermedad, podía alcanzar hasta 25 por ciento de los casos. Semmelweis se interesó especialmente en estudiar las causas de esa infección y la razón de por qué su incidencia era muchísimo mayor en los hospitales que en los hogares, donde algunas mujeres atendían su parto. Semmelweis llegó a la conclusión de que el portador de la infección era el personal que atendía a las parturientas, en especial los estudiantes de medicina y sus profesores, ya que las atendían después de practicar autopsias y operaciones en cuerpos infectados. De inmediato, Semmelweis organizó un experimento para probar su hipótesis, para lo cual ordenó que en un ala de la clínica todos los estudiantes se lavaran concienzudamente las manos con agua, jabón e hipoclorito de calcio; en la otra ala, atendida normalmente por parteras que no tenían contacto con otros enfermos y donde las muertes por fiebre puerperal eran más bajas que en la sección atendida por los estudiantes, las parteras no se lavarían las manos como aquéllos.

Los resultados fueron contundentes. La mortalidad en el ala donde los estudiantes tenían que lavarse las manos al salir de las salas de operaciones y de autopsias antes de atender a las madres parturientas cayó muy por debajo de la registrada en el ala que había servido como "testigo" del experimento. La aplicación de esta sencilla regla de higiene redujo la mortalidad en las mujeres parturientas a menos de 1 por ciento. Sin embargo, el jefe de la clínica reaccionó prohibiendo la práctica, porque se salía de la ortodoxia impuesta por la costumbre médica de la época y destituyó a Semmelweis, arruinándole su reputación, a tal grado que ni en su país logró que se impusieran las prácticas de asepsia que había recomendado para

reducir el riesgo de fiebre puerperal. En esa época todavía había microscopios que pudieran demostrar la existencia de esos enemigos invisibles al ojo humano[22].

No tiene, pues, nada de extraño que el autor bíblico no haga referencia a estos organismos microscópicos. “¿Se imaginan ustedes hablarles de átomos, microbios, fuerzas de la materia, composición de las estrellas..., a unas gentes nómadas de hace cinco mil años? Algo así como hablarles en chino mandarín”[23]. Pero, ya que Dios es el creador de todo cuanto existe, es evidente que Dios también creó a los microbios, virus, bacterias... ¿Se puede aventurar en qué “día” de la creación? Sí según los autores creacionistas.

Alan L. Gillen, biólogo y director de la revista *Answers Research Journal*, Dios creó las bacterias y otros microorganismos, no de golpe, en un día determinado, sino en varios. El resto de creacionistas creían que las bacterias y los hongos eran seres parecidos a las *plantas* y, por tanto, debieron aparecer al tercer día. Pero hay una bacteria, la *E. colino*, que apareció en el día sexto porque podemos encontrarla en el intestino humano y éste apareció al final de la creación. Ahí no acaba la cosa, la *Vibrio fischeri* es una bacteria luminiscente que simbiotiza con ciertas especies de calamares, luego esta fue creada el quinto día, con la creación de los animales marinos[24]. Todo esta especulación sobre la creación de los virus en diferentes días suena delirante, y aunque se revista de ciencia, no lo es.

Si confiamos en las investigaciones científicas más recientes, y para seguir el argumento, Dios debió crear los microorganismo el primer día, con la creación *del cielo y la tierra*, mucho antes de la aparición de la vida vegetal. ¿Por qué? Porque el oxígeno en la tierra, sin la cual no existiría vida vegetal ni animal, fue producido por unos organismos llamados *cianobacterias*, que todavía hoy podemos encontrar en lagos y océanos. Gracias a la fotosíntesis, procesado por las *cianobacterias*, todas las plantas verdes pueden conseguir su alimento. “Son probablemente algunos de los primeros organismos que tuvimos en nuestro planeta”[25].

Hasta aquí no hay problemas mayores, pero, ¿qué pasa con las bacterias infecciosas, con los virus que siegan vidas humanas sin misericordia? ¿También ellas son creación de Dios?

Los creacionistas argumentan que el número de virus patógenos, dañinos, es muy pequeño, menos del uno por ciento. La mayoría son principalmente beneficiosos. Bueno, según el Dr. Peter Daszak, un experto en el tema, se calcula que probablemente hay 1,7 millones de virus desconocidos que podrían infectar a las personas en la vida silvestre[26]. Una cifra considerable, y da miedo pensar que basta uno solo para originar una pandemia.

Estos mismos creacionistas nos aseguran todas las enfermedades infecciosas debidas a bacterias, virus y bacilos como la gripe, la malaria y la tuberculosis aparecieron tras la expulsión del paraíso. Según Milton De los Santos, presentador del programa *Creation Moments* en español, los microbios, por cuanto son una de las creaciones más importantes de la creación, fueron creados *buenos*, “se hicieron dañinos como parte de la maldición sobre la creación como consecuencia del pecado”[27]. Una afirmación imposible de verificar. No negamos que, desde un punto de vista bíblico y teológico, el *pecado*, el quebrantamiento de la ley divina, tiene consecuencia y produce efectos negativos sobre la persona. La Biblia dice que todo comenzó con el acto de desobediencia del primer hombre, que transgredió la orden de no comer “del árbol del conocimiento del bien y del mal porque el día que lo hagas, sin duda morirás” (Gn 2:15). Es conocido como pecado original, el que dio origen a los males que nos rodean, que son como un morir en vida, o un vivir para la muerte. “Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad” (*Ro 5:12, NVI*).

En los manuales clásicos de teología esto se explica como *efectos* del pecado original sobre la persona: “*En cuanto al cuerpo* son innumerables las desdichas y miserias en que incurrimos por el pecado original. Por él nos vemos sujetos al hambre, a la desnudez, a las enfermedades, dolores, tristezas, y dejando otras muchas miserias a la más terrible entre las cosas terribles, que es la muerte, estipendio del pecado”[28].

Una interpretación más ajustada a la realidad, nos explica que la *maldición*, el castigo divino, expresa la ruptura de la armonía entre la humanidad y la naturaleza. Por eso el trabajo es ahora alienante, la tierra es hostil y se rebela contra el hombre, que de soberano se ha transformado en tirano egoísta y prepotente. “La relación con la tierra, en la que había sido puesto el hombre para que «la cultivara y guardara» (2:15), no es ya ennoblecedora, no es ya una emocionante aventura, sino una tortura, un peso soportado «con dolor y con el sudor del rostro». Encontramos en estas palabras el drama entero de la ciencia, de la técnica y del trabajo cuando enloquecen y devastan el paraíso terrestre de la creación. Nuestra sensibilidad moderna nos permite comprender cuan terrible es este *desequilibrio entre el hombre y la naturaleza*. Si el autor sagrado hubiera escrito en nuestros días, en aquellos «cardos y espinas» habría visto todas las agresiones perpetradas contra el ambiente por el egoísmo industrial, habría introducido también la pesadilla nuclear, expresión de una *naturaleza pervertida por el hombre*, una naturaleza que también, a su vez, se torna rebelde y amenazadora, se transforma en una realidad hostil”[29].

Es una sensación agobiante tener que reconocer la existencia virus tan letales para la humanidad, ¿no podría Dios haber creado un mundo libre de virus patógenos? Me gustaría responder a esta pregunta con la reflexión interrogativa que hace John Lennox, y que enlaza con lo que Torres Queiruga decía sobre la imposibilidad de un mundo finito sin mal: “¿No podría haber creado una electricidad que no fuera peligrosa o un fuego que no quemara? ¿No podría haber creado un mundo orgánico sin depredación? ¿No podría haber creado una vida en la que nunca sucediera nada malo y los virus siempre fueran beneficiosos? ¿No podría haber creado seres que nunca hicieran lo malo?”[30]

Somos, vivimos y nos movemos entre microbios

Adán es el nombre del primer hombre según la Biblia. Adán, en hebreo, significa sencillamente *hombre*, viene de una raíz que significa *rojo*, emparentada con otra (*adamah*) que significa, *suelo, tierra*, que vendría a decirnos que el hombre surge de la tierra (del *polvo*, o *barro*), cuyo color rojizo

se manifiesta en la piel humana. El término español viene de latín *humus*, “tierra, polvo, barro”. Idénticamente lo mismo que en hebreo. Según la Biblia Dios creó al hombre del *polvo* de la tierra (*Gn 1:27*). En un grano de polvo hay 10.000 bacterias. Luego imagínense los millones de bacterias que forman nuestro cuerpo, porque ya sabemos que los virus, las bacterias, los microbios estaban presentes en el Edén. Ellos componen gran parte de nuestro soporte material. Según se ha calculado, y de modo asombroso, pues las cifras escapan de nuestra imaginación, que dentro del organismo conviven trillones de especies microscópicas. Resulta que el 90 por ciento de nuestras células son bacterias. Una cura de humildad, *humilitas*, que también viene del latín *humus*, hombre. ¿Por qué, entonces, somos tan soberbios, tan arrogantes?

La sola mención de bacterias, virus, microbios nos produce escalofríos en este tiempo de pandemia, enfermedad y muerte. Si supiéramos que no solo están dentro de nosotros, sino a nuestro alrededor, en el aire que respiramos, en los vientos que nos llegan desde lejanos desiertos[31]. Cada día, casi un billón de virus y más de 20 millones de bacterias circulan por la atmósfera terrestre y se depositan en lugares de alta montaña[32]. Unos 800 millones de virus y otros 20 millones de bacterias caen al día sobre un metro cuadrado de tierra. Si subimos a las montañas, allí están; si en las profundidades de la tierra, allí se encuentran; si en el fondo de los mares, ahí los tenemos. En ellos existimos y nos movemos. "Por fortuna, los virus que, en su mayoría, infectan a bacterias, no a los humanos o a otros animales. Así que no hay de qué preocuparse si inhalamos unos cuantos millones de virus cada vez que salimos a pasear", dice el virólogo de la Universidad de la Columbia Británica, Curtis Suttle[33].

Es de felicitar que ya en los albores de la microbiología, los primeros investigadores se dieran cuenta de que en ese inmenso universo microbiano que se abría ante ellos no todos los virus eran nocivos para la vida humana. Descubrieron que “algunos de ellos son feroces y capaces de ocasionar la muerte; pero otros, son beneficiosos y útiles y, en su mayoría más importantes para la Humanidad que cualquier continente o archipiélago”[34]. Es decir, los microbios, virus, bacterias, no son nuestro enemigo, como se pensó en el

siglo XIX. El cuerpo humano, ya lo dijimos, alberga billones de microbios que conforman todo un mundo en simbiosis con su entorno. Estos microscópicos y multitudinarios compañeros vitales no solo moldean nuestros órganos, sino que nos protegen de enfermedades e influyen en nuestro comportamiento[35]. Por desinformación o ignorancia, lo ponemos en peligro mediante el consumo abusivo de antibióticos. Sin darnos cuenta, la extinción de los microbios desencadenaría graves consecuencias para nuestra salud[36]. Ya desde el primer nivel de la piel los microorganismos que la habitan conforman una impresionante barrera de defensa que bloquea la invasión de microbios patógenos.

Nos guste o no, *somos microbios*, o como alguien ha dicho, “un envoltorio con microbios”[37]. En nuestro cuerpo viven unos 100 billones de microbios. Imagínense que ocurría si se rebelaran contra nosotros por culpa de nuestro mal proceder. Los microbios nos ayudan a construir nuestro propio sistema inmunitario. Tienen, pues, una razón de ser muy importante para nuestra vida, y nuestra salud. “Mantenernos sanos es imposible sin ellos”, asegura la bióloga Alanna Collen[38]. Es nuestra responsabilidad llevarnos bien con nuestros microbios, porque de ellos depende nuestra salud, nos advierte el Ignacio López-Goñi, profesor de Microbiología y Parasitología[39]. “Cada persona es un ecosistema —confirma el Dr. Roger Paredes—, en el que, aproximadamente, la mitad de las células son humanas y, la otra mitad, de microbios. Y vivimos con ellos en una situación de mutualismo: nosotros les proporcionamos nutrientes para su supervivencia y ellos nos permiten estar más saludables. Es una especie de pacto que hace que seamos como somos y vivamos como vivimos”[40].

Por tanto, tenemos que reajustar nuestro enfoque de la naturaleza, de la creación, de Dios, de la salud y de la enfermedad. Habrá que estar atentos al *microbioma* humano. Aunque no podamos comprender todo, ni explicar todo, sí podemos al menos agarrarnos a lo que ya sabemos y que se manifestó en la persona y obra de Jesucristo, aquél que nos reveló a Dios como Padre bueno. La fe consiste en *confiar* que esa revelación es digna de confianza, la cual nos dice que Dios, en la persona de su Hijo, se preocupa por la

enfermedad y el dolor de sus criaturas. A Dios le importa el sufrimiento humano y por eso se encarnó en la persona de Jesús. Las curaciones y milagros de sanación ocupan un lugar muy importante en la vida de Jesús; son como *señales* de redención y esperanza en medio de un mundo enfermo. Las sanaciones de Jesús nos dicen que la salvación no es solo un pasaporte o un boleto de entrada en el cielo, que la redención del alma, del yo, del espíritu humano, incluye el cuerpo, sus inclinaciones, sus capacidades. La salvación cristiana no se limita al anuncio una felicidad en el más allá, sino que comienza en el más acá como una vida perdonada por gracia, una vida liberada para Dios y para los semejantes, parte de la *nueva creación* que se va gestando en Cristo. Es un sentimiento de infinito respecto a la vida, de cuidado responsable de todo cuanto existe. Si Dios cuida de las hierbas y flores del campo, de los pájaros que trinan en los árboles (*Mt 6:26-33*), ¿no cuidaremos nosotros también de ellas? ¿Por qué la *redención* no va alcanzar el planeta entero, con sus criaturas, si ya los profetas cuando vislumbraban un futuro creado por Dios incluían al feroz león, a la serpiente venenosa y al manso cordero (*Is 65:25*)? ¿No gime y clama la creación irracional la redención de los hijos racionales de Dios (*Ro 8:19-23*)?

Los virus patógenos nos pueden enfermar, y en algunos casos matar, es la condición natural del ser humano que vive en comunidad con otros y solidario, involuntario en la mayoría de las ocasiones, del destino de los demás. No se trata de que unos sean más pecadores que otros, aunque como veremos después, las actividades humanas son las responsables esta pandemia y de otros muchos males que nos afectan a todos, se trata de que vivimos en un mundo donde las desgracias son compartidas y las acciones de unos repercuten sobre otros.

A los científicos toca averiguar la procedencia y naturaleza de la covid-19, a nosotros nos toca creer y esperar el triunfo de la vida, haciendo todo lo posible por respetar el equilibrio de la creación y no traspasar sus límites, procurando llevar vidas responsables, sanas y agradecidas, como corresponde a hijos de Dios, templos vivos de su presencia en Espíritu (*1 Cor 6:19*). Ante la incertidumbre y alarma que se vive, ejercitemos la fe y la

esperanza, como corresponde a aquellos que creen en el buen Dios y han conocido en la persona de su Hijo las virtudes de la vida nueva.

Notas

[19] Véase Ruy Pérez Tamayo, *Microbios y enfermedades*. FCE, México 2007, 2ª ed.

[20] Víctor Codina, "¿Por qué Dios permite la pandemia y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros? ¿Dónde está Dios?" https://www.religiondigital.org/opinion/Victor-Codina-Dios-pandemia-milagros-coronavirus-pestes-mal-Jesus_0_2215578438.html

[21] Sir Macfarlane Burnet, *Historia de las enfermedades infecciosas*. Alianza Editorial, Madrid 1967.

[22] René Dubos, editor, *Health and Disease* (Life Science Library, Nueva York 1970); Alfonso Ropero, *Enfermedad, salud y fe* (CLIE, Barcelona 1999); José Sarukhán, *Las musas de Darwin*, cap. I (FCE, México 1998).

[23] Antonio García, *La bellísima historia de la Creación* (I), 8 enero 2020. <https://elfarodehellin.com/la-bellisima-historia-de-la-creacion-i/>

[24] Alan L. Gillen, "Los microbios y los días de la creación", *Answers Research Journal* (2008/1), pp. 7–10. <https://answersingenesis.org/days-of-creation/microbes-and-the-days-of-creation/>

[25] Michael Marshall, *¿Cómo se creó el aire que respiramos?* 10 julio 2015. https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/07/150709_vert_earth_oxigeno_tierra_lp

[26] Gerardo Lissardy, "*Estamos encarando epidemias como el covid-19 de forma equivocada*": entrevista con el ecólogo de enfermedades Peter Daszak, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51796442>

[27] M. De los Santos, *¿Por qué existen gérmenes?*

<https://www.oneplace.com/ministries/momentos-de-la-creacion/read/devotionals/momentos-de-la-creacion/por-que-existen-germenes-11767048.html>. Cf. Miguel Núñez, *¿Son parte de la creación de Dios las bacterias, los virus y las enfermedades?*, 30 marzo, 2017, <https://integridadsabiduria.org/son-parte-de-la-creacion-de-dios-las-bacterias-los-virus-y-las-enfermedades/>

[28] Antonio de San Joseph, *Compendio Moral Salmaticense según la mente del Angélico Doctor*, tomo I, p. 144 Imprenta de Josef de Rada, Pamplona 1805.

[29] Gianfranco Ravasi, *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El libro de Génesis (1-11)*, p. 105. Herder/Ciudad Nueva, Madrid 1992.

[30] John Lennox, *¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?*, p. 51. Poiema Publicaciones 2020.

[31] Mónica G. Salomone, *Polizones de la calima: Miles de millones de microbios viajan en las tormentas de polvo*, 25 febrero 2020. <https://www.agenciasinc.es/Reportajes/Polizones-de-la-calima-miles-de-millones-de-microbios-viajan-en-las-tormentas-de-polvo>

[32] *La mayoría de los virus y bacterias viajan por la atmósfera miles de kilómetros*, 8 febrero 2018. <https://www.agenciasinc.es/Noticias/La-mayoria-de-los-virus-y-bacterias-viajan-por-la-atmosfera-miles-de-kilometros>

[33] Miguel Ángel Criado, *Millones de virus y bacterias caen del cielo cada día*, 14 febrero 2010. https://elpais.com/elpais/2018/02/11/ciencia/1518374319_051285.html

[34] Paul de Kruif, *Cazadores de microbios*. Salvat, Barcelona 1995.

[35] Ed Yong, *Yo contengo multitudes*. Debate. Barcelona 2020

[36] Martin J. Blaser, *SOS microbios*. Debate. Barcelona 2019

[37] Yasmine Belkaid, “Las personas solo somos un envoltorio con microbios”, https://elpais.com/elpais/2018/08/21/ciencia/1534872891_089675.html.

[38] Alanna Collen, *10 por ciento humano: por qué los microbios de tu cuerpo son la clave de tu salud*. RBA, Barcelona 2019.

[39] Ignacio López-Goñi *Microbiota. Los microbios de tu organismo*. Editorial Guadalmazán, Córdoba 2018.

[40] “Gracias a los microbios”, <https://miradasconalma.org/personas/gracias-microbios/>



Cuando la Naturaleza/Dios habla por medio del coronavirus

Descartando que la actual pandemia de la Covid-19 sea un castigo divino por nuestras muchas maldades, no me parece del todo sabio ignorar la trascendencia de lo que estamos viviendo estos días y el mensaje que nos llega de más allá de nuestro campo de visión y entendimiento. O dicho en términos de exhortación cristiana: “Ten cuidado con las personas que interpretan el dolor causado por un mal natural como un castigo divino. Pero también ten cuidado con los que afirman que Dios no tiene nada que decir a través de esta pandemia, particularmente a las sociedades occidentales que le han dado la espalda y lo consideran totalmente irrelevante para sus culturas”[41].

Aunque a nuestra mente acudan preguntas angustiosas como ¿por qué no acude Dios en nuestro socorro?, ¿por qué permite que nos pase esto?, no podemos encausar a Dios por su silencio y su no intervención. No podemos porque entonces perderíamos la perspectiva y no aprenderíamos nada. Dios, por decirlo en términos humanos, está tan afectado, o más, por esta pandemia que nosotros mismos, pues la sufre en la vida de aquellos que ama y en su mismo carácter de providente y sustentador de cuanto existe, de modo que más que encausado, es parte acusadora.

Un toque del cielo

Lo que está pasando no es un castigo de Dios, pero tampoco un *accidente* de la vida, algo que ha ocurrido como por azar. La actual pandemia obedece a causas naturales alteradas de las que la mano del hombre es el único responsable y convicto de juicio. No el virus en sí mismo, que no tiene culpa

deliberada —ni siquiera es un organismo vivo—, sino los agentes humanos que han traficado con cosas que han abierto las puertas de su exposición mortal al mundo entero.

El planeta gemía con estertores de agonía y no le prestábamos atención. Su profetas, los defensores de esta *Anima Naturalis*, eran tomados por individuos excéntricos enemigos del sistema que exageraban el problema de una manera histérica. Los gobiernos, los poderosos, los traficantes sin hacer caso, minimizando los efectos de la contaminación, del cambio climático, del calentamiento global. Cada cual haciendo chistes fáciles y burlándose de lo que estaba pasando, hasta que fue demasiado tarde para negarlo. En este sentido, la pandemia de la Covid-19 sí es un toque del cielo, una seria llamada de atención sobre una ciudad dormida complacientemente sobre sus artefactos de última generación.

Muchos activistas venían denunciando desde hace años que las tropelías ecológicas que se están perpetrando a todos los niveles traerían consecuencias catastróficas. Como perfectos idiotas no nos preocupábamos de la matanza de animales, de la contaminación de los mares, de la deforestación de las selvas. Qué nos importaba a nosotros la suerte de algunos bichos y de unos cuantos árboles. De algún lugar había que conseguir carne para nuestros platos, piel para nuestros abrigos, madera para nuestros muebles..., y para nuestros ataúdes. Pero ahora nos ha tocado a nosotros, a nosotros hombres y mujeres de los países más avanzados tecnológicamente, que teníamos una medicina tan desarrollada que nos parecía que más pronto que tarde, gracias al conocimiento de genoma humana, nos volvería inmortales. De golpe hemos despertado del sueño y hemos entrado en la pesadilla de nuestro carácter *pecador*, es decir, mortal (Romanos 5:12), seres-para-la-muerte, en medio de un planeta que llevaba tiempo enfermo y alterado debido a la pérdida de biodiversidad, una tragedia sin precedentes en nuestro planeta, una especie de sexta extinción masiva de especies, la primera que se produce desde la de los dinosaurios, puesto que la tasa de desaparición de especies en el último siglo es 100 veces superior a la tasa natural estimada. Desde 1998 WWF alerta del descenso dramático de

las poblaciones de vertebrados a través del *Índice Planeta Vivo*. Elaborado por WWF, en colaboración con la Red de la Huella Global y la Sociedad Zoológica de Londres, este índice analiza la tendencia de 16.000 poblaciones de más de 4.000 especies[42]. Según el último informe publicado en 2018, el planeta ha perdido un promedio del 60% de las poblaciones de vertebrados en poco más de 40 años (1970-2014).

Los científicos de todo el mundo son conscientes de que entre las causas de la propagación de las enfermedades infecciosas emergentes, como el ébola, la fiebre hemorrágica de Marburgo, el SARS, el MERS, la ebre del Valle del Rift, el zika y otras, hay factores importantes como la pérdida de hábitat, la creación de entornos artificiales, la manipulación y el comercio de animales salvajes y, en general, la destrucción de la biodiversidad[43].

El despertar de los virus

Miles de virus que aún no han sido descubiertos duermen en la naturaleza. En la mayoría de casos es probable que nunca oigamos hablar de ellos. Pero si la acción humana sigue invadiendo territorio salvaje, aumentan las posibilidades de que los agentes patógenos de los animales salvajes “despierten” y pasen al hombre. Esta es una de las líneas de investigación que la comunidad científica sigue desde hace décadas y hay equipos destinados a rastrear dónde hay más probabilidades de que un virus invada el cuerpo humano. “La gente tiene que entender que todo esto está pasando porque estamos alterando el ecosistema rápidamente”, señala el biólogo Carlos Zambrana-Torrel[44].

Los virus y bacterias han convivido con nosotros desde el principio de los tiempos. En hábitats bien conservados, con gran diversidad de especies que se relacionan en equilibrio, los virus se distribuyen entre las distintas especies y no afectan al ser humano. “Pero cuando la naturaleza se altera o destruye, se debilitan los ecosistemas naturales y se facilita la propagación de patógenos, aumentando el riesgo de contacto y transmisión al hombre, con los consiguientes efectos negativos sobre nuestra salud”[45].

La mayor parte de las epidemias que hemos sufrido en los últimos años han sido de naturaleza *zoonótica*, es decir, procedente de los animales. Así el SIDA/VIH, que surgió de virus que vinieron de monos y chimpancés cuya carne fue vendida en África Central; la gripe A de 2009, el MERS de 2012 o el SARS de 2002, que se originó en un mercado al aire libre en Guangdong (China), probablemente proveniente de una civeta de las palmeras, un pequeño mamífero del sur asiático. Todas estas epidemias han comenzado, pues, con virus que viven en animales, que al entrar en relación con personas las parasitan, las enferman y las matan.

¿Cómo ha llegado a ocurrir esto? ¿Qué proceso se ha producido? Hay varios factores, entre ellos *la pérdida de bosques y biodiversidad*. Los bosques, como bien se dice desde *Greenpace*, “son el hogar de miles de especies animales diferentes, muchas de ellas portadoras de virus, bacterias y otros microorganismos a los que el ser humano no había estado expuesto. Con la *tala* y la *deforestación*, en particular en los bosques tropicales como el Amazonas y el Congo, se está permitiendo que los seres humanos entren en contacto con estas poblaciones de fauna silvestre. El resultado es un incremento de las llamadas *enfermedades zoonóticas*, procedentes de los animales”[46].

De manera que nada de una deidad vengativa arrojando virus contra una pobre humanidad como la nuestra, sino una humanidad que de manera irresponsable está alterando el equilibrio de la naturaleza. Como bien dice el biólogo mexicano José Sarukhán, “no son bichos que encontraron una especie llamada *homo sapiens*, sino que vienen de otra cantidad de especies que habitan en los ecosistemas que hemos destruido”[47].

Según los cálculos de Organización Mundial de la Salud (OMS), más del 70 % de las nuevas enfermedades humanas surgidos en los últimos 40 años tienen su origen en animales. Dos tercios de todos los tipos de patógenos que infectan personas son *zoonóticos*, es decir, saltan de un animal a un ser humano. No hay duda que “la pérdida de naturaleza facilita la proliferación de los patógenos”[48].

Las talas de bosques y selvas, la quema de praderas y la destrucción de hábitats animales son una práctica habitual casi desde el descubrimiento de la agricultura, ¿por qué, precisamente ahora, las *enfermedades zoonóticas* han llegado a ser una amenaza para la población humana? Simplemente, por el aumento de la población y las políticas agresivas que no han tenido reparos en la destrucción de ecosistemas a gran escala con tal de conseguir beneficios económicos. Peter Daszak es Presidente de *EcoHealth Alliance*, una organización global de investigación científica con sede en Nueva York. Ha dedicado toda su vida estudiar cómo surgen virus que pueden ser problemas de salud pública en el mundo. Su conclusión es la siguiente: “A medida que tenemos más contacto con la vida silvestre en nuestras actividades cotidianas, como la construcción de carreteras, la tala de bosques, el comercio de especies silvestres [todos ellos portadores de virus] o la agricultura, estamos expuestos a estos virus”[49].

Recientemente, en 2019, el IPBES (Panel Intergubernamental sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas) presentó el informe más completo realizado hasta la fecha, con la participación de casi 500 científicos y la revisión de alrededor de 15.000 fuentes científicas y gubernamentales, y determinó que alrededor de un millón de especies de animales y plantas están ahora en peligro de extinción, un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad. Este informe también alertó de que un 75 por ciento del medio terrestre y el 66 por ciento del marino han sido alterados significativamente por las actividades humanas[50], hasta un 85% de los humedales han desaparecido. El ritmo de deforestación planetaria, aunque se ha ralentizado algo, fue de 26 millones de hectáreas en 2018, según el informe de la Declaración de Nueva York (cuyo objetivo es limitar a 10 millones de hectáreas la pérdida de bosques en el mundo para 2020). Toda esa alteración ha derivado en la devastación de la biodiversidad en forma de evaporación de variedades de plantas y animales[51]. La eliminación de hábitats favorece la zoonosis, por eso las epidemias más graves de los últimos años han llegado por ese conducto.

En resumen, se puede decir, que el “despertar”, los brotes de enfermedades víricas en estos últimos años no se debe a ninguna causa sobrenatural desconocida, sino simple y llanamente a la actividad humana irresponsable y depredadora. Sería bueno, Sería bueno tener en cuenta las palabras del papa Francisco cuando nos recuerda que “Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación [de nosotros mismos]»[52].

El comercio de animales salvajes

Segundo, el *comercio internacional de animales salvajes* es otro importante factor de la actividad humana que aumenta el riesgo de contraer enfermedades *zoonóticas*. El tráfico ilegal de especies salvajes está identificado como una de las principales causas de pérdida de biodiversidad y vida salvaje[53]. Se comercia brutal y cruelmente con animales silvestres con diversos fines: consumo humano; utilización como amuletos o como medicina y potenciadores de la virilidad[54]. Un negocio que mueve al año entre 8.000 y 20.000 millones de dinero negro en todo el mundo[55].

Este tráfico ilegal, además de canallesco y criminal, pone en contacto animales y humanos con el riesgo de facilitar la proliferación de patógenos infecciosos. En los mercados de muchas partes del mundo “se mezclan animales vivos y muertos, lo que facilita la expansión de un virus entre ellos y hacia el ser humano”[56]. Rikkert Reijnen, del Fondo Internacional para el Bienestar Animal y director del Programa contra el crimen de la vida salvaje (*Wildlife Crime Program*) advierte de lo que ocurre en estos mercados de consumo de carne silvestre: “Coges a especies salvajes, las pones bajo una situación de estrés y las mezclas con otras. Este es el hábitat perfecto para los virus, que son inteligentísimos”. Ciertamente, reconoce, “el ser humano caza animales desde el principio de su existencia, eso no es algo nuevo, pero sí las cantidades que se consumen ahora y la capacidad de que los animales viajen de un lado a otro del globo en cuestión de horas”[57].

El virólogo Edward Holmes, confiesa que no le sorprende en absoluto que haya surgido este y otros tipos de coronavirus. “Sabemos que los animales salvajes tienen una gran variedad de virus y que algunos pueden propagarse en los humanos. Muchas personas hemos estado advirtiendo sobre esto durante años”. La solución es, afirma Holmes, que para ayudar a evitar la próxima pandemia es que “los humanos deben reducir su exposición a la vida salvaje, por ejemplo, prohibiendo los mercados en los que se venden animales vivos y el tráfico de vida salvaje”[58]. Estados Unidos es el principal importador de vida animal salvaje del mundo, con el riesgo de trasladar decenas de patógenos zoonóticos. Entre 2000 y 2005 importó un total de 246.772 mamíferos de 190 géneros (68 familias), capaces de albergar un gran número de zoonosis de riesgo. El comercio de vida silvestre ofrece a los patógenos zoonóticos innumerables oportunidades de poner en peligro la sanidad pública[59].

La deforestación ha dejado sin su refugio a los animales silvestres y ahora son fácil presa de sus cazadores. A esto hay que sumar que los espacios dejados vacíos por la deforestación, son ocupados de forma masiva por grupos humanos. “Esto expone estos nuevos asentamientos a nuevos patógenos, porque parte de la fauna que había se va, pero el resto se adapta, se mantiene y entra en las construcciones humanas. No sólo donde viven, sino también donde está el ganado y pueden infectarlo y a partir de ahí infectar a las personas”[60]. Hemos cruzado fronteras que no deberíamos haber cruzado. No hemos prestado suficiente atención al espíritu de la naturaleza, pecamos constantemente contra ella. No queremos oír, como dice el director del programa de Medio Ambiente de la ONU, Inger Andersen, que “la naturaleza nos está enviando un mensaje”[61].

Un mensaje naturalmente divino

La naturaleza nos está enviando un mensaje. ¡Qué razón tienen los científicos y expertos en epidemias! Y nosotros, como cristianos que creemos en Dios como fundamento creador y sustentador de todo cuanto existe, no podemos sino asentir y entender que lo mismo que prestamos atención a la *revelación especial/sobrenatural*, registrada en la Escritura, debemos prestar atención a

los que se nos enseña mediante la *revelación general/natural*, que, aunque carente de escritura, a su manera también habla[62]. “Los cielos cuentan la gloria de Dios” (Sal 19:1), la “creación entera gime” (Ro 8:22), “la naturaleza enseña” (1 Cor 11:14). No podemos ser indiferentes a las señales que nos envía la naturaleza, como si no fueran un aviso del cielo. No podemos tomarnos a la ligera las señales de alarma del planeta, la contaminación generalizada del mismo; la explotación de su suelo y de sus aguas y de los seres que lo habitan con fines de lucro. Hemos transgredido leyes naturales, y eso es un grave pecado, pues en última instancia son faltas contra la ley divina, en cuanto la divinidad está presente en cada partícula creada como poder de ser y de conservación en sí misma. La presencia divina asegura la permanencia y el desarrollo de cada ser, «*es la continuación de la acción creadora*»[63]. «La naturaleza no es otra cosa sino la razón de cierto arte, concretamente el arte divino, inscrito en las cosas, por el cual las cosas mismas se mueven hacia un fin determinado»[64].

Del mismo modo que Dios puso al primer ser humano en el jardín del Edén para que lo *cuidase*, Dios tendrá por responsable a todo ser humano del modo de relacionarse con la creación, y no tendrá por inocente a quien atente contra ella. El pecado, la *caída*, ha trastocado y endurecido el resultado de nuestro trabajo, pero no nos exime de nuestra responsabilidad con la naturaleza y su ánimo viviente. Al contrario nos hace responsables. Vivimos en un mundo que no es nuestro. Es de Dios, y nosotros somos responsables ante él. Puede ocurrir, y ocurre, que pequemos contra el mundo, contra la tierra y los seres que la habitan del mismo modo que pecamos contra nuestros semejantes.

La responsabilidad, o *mayordomía* como dicen algunos, “ante una tierra que es de Dios implica que el ser humano, dotado de inteligencia, respete las leyes de la naturaleza y los delicados equilibrios entre los seres de este mundo, porque «él lo ordenó y fueron creados, él los fijó por siempre, por los siglos, y les dio una ley que nunca pasará» (Sal 148:5b-6). De ahí que la legislación bíblica se detenga a proponer al ser humano varias normas, no sólo en relación con los demás seres humanos, sino también en relación con los demás seres vivos: «Si ves caído en el camino el asno o el buey de tu

hermano, no te desentenderás de ellos [...] Cuando encuentres en el camino un nido de ave en un árbol o sobre la tierra, y esté la madre echada sobre los pichones o sobre los huevos, no tomarás a la madre con los hijos» (Dt 22:4.6). De este modo advertimos que *la Biblia no da lugar a un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas*”[65].

En el Antiguo Testamento aparecen cientos de leyes tendentes al cuidado de la tierra y de los animales. Cualquier tipo de abuso es condenado. Tal es la preocupación de Dios por los animales que el *Sabbat*, día sagrado por excelencia, prescribe que en ese día no sólo toda persona debe abstenerse de realizar ningún tipo de trabajo, sino que debe respetarse el reposo hasta de los mismos animales. Un día de cada siete sin yugos, ni arados, ni cargas, ni caminatas... ¿Podemos imaginarnos el bien que esto representaba para los animales de tiro y trabajo? Y no solamente en Sábado, sino que también en las múltiples fiestas nacionales debía decretarse reposo general: hombres, mujeres, siervos, extranjeros y *animales*. Dios nunca olvida a las *almas irracionales*, porque todas tienen su razón de ser y su manera de contribuir al bienestar de la creación. Por medio de las leyes protectoras de los animales, el legislador quería inculcar a su pueblo la lección de que “los animales son criaturas de Dios; no son propiedad ni recursos de los seres humanos, ni están para la utilidad o comodidad de éstos, más bien son seres preciosos a los ojos de Dios”[66]. Ciertamente el Dios de la Biblia no es indiferente al bienestar de su Creación. Esto debería despertar nuestra conciencia que estamos pisando terreno sagrado, igual que Moisés se descalzó ante la presencia de la zarza ardiente porque era un terreno teofánico, un lugar donde se manifestó la presencia divina (Ex 3:4), toda la tierra y cuando en ella vive está alentada por momentos teofánicos.

El ser humano es omnívoro por naturaleza y por educación, se comería a su propia madre si le convencieran de ello. Para muchos parece que esto es una prueba de la superior libertad humana poder comer de todo lo que existe. El deseo de experimentar nuevos sabores parece no conocer límites. Cada día se ofertan nuevos platos compuestos por los ingredientes más inverosímiles. Pero los tiene, existen límites a lo que podemos llevarnos a la boca. Basta con

volver de nuevo al Antiguo Testamento para observar las leyes que regulan la dieta alimenticia de Israel y la limitación de determinados animales que no debe comer. Dejando de lado la cuestión de por qué unos animales sí y otros no, una cuestión sobre la que los antropólogos han escrito abundantemente, una cosa es evidente: hay que *poner límites al deseo*. No todo lo es deleitoso a la vista o agradable al paladar se puede comer. Recordemos Génesis 3. Y lo mismo se aplica a todos los órdenes de la vida. Hemos creado generaciones de personas consentidas para las que todo está permitido si está a su alcance. No les hemos enseñado a contener sus deseos, a educarlos, a dominarlos. Y esto no por viejos atavismos trasnochados, o por el prurito legalista, pues el cristianismo es ante todo un camino de libertad, pero libertad con sentido, libertad responsable, libertad inteligente. “*Todo me es lícito, pero no todo conviene*” (1 Cor 10:23).

Las leyes de Dios están al servicio de la vida, son como las señales de tráfico que se colocan a lo largo de la carretera para avisar a los conductores de los distintos elementos del trazado que pueden resultar peligrosos cuando conducimos de un modo imprudente. La intención es evitar accidentes, mantener la seguridad y preservar la vida. Aquí la teología está llamada a ser testimonio de una vida responsable delante de Dios, de los hombres y mujeres, de los animales y la naturaleza, conforme a la gracia, la verdad y la vida revelada por Jesucristo (Jn 1:17; 10:10).

Notas

[41] John Lennox, *¿Dónde está Dios en un mundo con coronavirus?*, p. 37. Poiema Publicaciones 2020.

[42] Grooten y Almond, eds., *Informe Planeta Vivo / Living Planet Report* (2018). WWF, Gland, Switzerland. [wwf.es/informeplanetavivopdf](https://www.wwf.es/informeplanetavivo)

[43] WWF España, *Pérdida de naturaleza y pandemias. Un planeta sano por la salud de la humanidad*. Madrid 2020. Documento completo: [https://](https://www.wwf.es/documentos/600000000000000000000000)

www.wwf.es/?54120/Perdida-de-naturaleza-y-pandemias-Un-planeta-sano-por-la-salud-de-la-humanidad

[44] Patricia Peiró, *Los virus que dormían en la naturaleza, hasta que llegaron los humanos*, 28 marzo 2020. https://elpais.com/elpais/2020/03/23/planeta_futuro/1584966075_762387.html

[45] WWF España, *Pérdida de naturaleza y pandemias*, p. 4.

[46] <https://madera-sostenible.com/opinion/menos-bosques-es-igual-a-mas-enfermedades/>

[47] Ana Laura Tagle Cruz, *Sufrimos de enfermedades provenientes de especies cuyo hábitat destruimos*, 21 abril 2020, https://www.cronica.com.mx/notas-sufrimos_de_enfermedades_provenientes_de_especies_cuyo_habitat_destruimos-1151620-2020

[48] *Nuestra destrucción de la naturaleza es responsable del Covid19 y otras enfermedades*, <https://www.greenteach.es/nuestra-destruccion-de-la-naturaleza-es-responsable-del-covid19/>

[49] Gerardo Lissardy, "Estamos encarando epidemias como el covid-19 de forma equivocada": entrevista con el ecólogo de enfermedades Peter Daszak, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51796442>

[50] IPBES, 2019. *Global Assessment Report on Biodiversity and Ecosystem Services*. <https://ipbes.net/global-assessment> bit.ly/NaturalezaDeclive

[51] Raúl Rejón, *La destrucción de la naturaleza que provoca la actividad humana multiplica nuevas enfermedades como la COVID-19*, https://www.eldiario.es/sociedad/destruccion-naturaleza-provocada-enfermedades-COVID-19_0_1016299124.html

[52] Francisco, *Evangelii gaudium*, 215.

[53] https://www.eldiario.es/sociedad/trafico-ilegal-especies-defaunacion-arrasar_0_867214046.html

- [54] N. Wolfe; P. Daszak; A. Kilpatrick; D. Burke, “Bushmeat Hunting, Deforestation, and Prediction of Zoonotic Disease”, *Emerging Infectious Diseases Journal*, 2005/11/30
- [55] WWF España, *Pérdida de naturaleza y pandemias*, p. 8.
- [56] Adeline Marcos, *El tráfico ilegal de animales salvajes, una bomba sanitaria que ha estallado con el coronavirus*, https://www.eldiario.es/sociedad/animales-salvajes-sanitaria-estallado-coronavirus_0_1014198666.html
- [57] Patricia Peiró, *Humanos que comen animales salvajes sin control: un polvorín para la salud mundial*, 14 marzo 2020. https://elpais.com/elpais/2020/03/02/planeta_futuro/1583166211_017881.html?rel=listapoyo
- [58] Miguel Ángel Criado, *El cerco sobre el pangolín como fuente del coronavirus se estrecha*, <https://elpais.com/ciencia/2020-03-26/el-cerco-sobre-el-pangolin-como-fuente-del-coronavirus-se-estrecha.html>
- [59] Boris I. Pavlin, Lisa M Schloegel y Peter Daszak, “Risk of Importing Zoonotic Diseases through Wildlife Trade, United States”, *Emerging Infectious Diseases*, Noviembre 2009, pp. 1721-1726. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2857234/>
- [60] "Estamos alterando demasiado los sistemas naturales y entran en contacto con la especie humana virus que nunca lo habían estado", <https://www.publico.es/sociedad/entrevista-jordi-serra-cobo-alterando-sistemas-naturales-entran-contacto-especie-humana-virus-habian.html>
- [61] *Coronavirus: 'Nature is sending us a message', says UN environment chief*. <https://www.theguardian.com/world/2020/mar/25/coronavirus-nature-is-sending-us-a-message-says-un-environment-chief>
- [62] Dios ha escrito un libro precioso, «cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo». Juan Pablo II, *Catequesis* (30 enero 2002), *L'Osservatore Romano*, 1 febrero 2002, p. 12
- [63] Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 104, art. 1.

[64] Tomás de Aquino, *In octo libros Physicorum Aristotelis expositio*, lib. II, lectio 14.

[65] Francisco, *Laudato Si'*, 68.

[66] Andrew Linzey, *Los animales en la teología*. Editorial Herder, Barcelona 1996. De los teólogos antiguos, John Wesley destaca por su interés en el bienestar animal, no como un elemento pasajero, sino como una preocupación teológica que le acompañó toda la vida. Véase *Teología de la creación wesleyana: Los animales y la salvación*, <https://iglesiametodista.org.ar/teologia-de-la-creacion-wesleyana-los-animales-y-la-salvacion/> “El justo cuida de la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel” (Prov 12:10).



Antes y después de la covid-19

¿Por qué los gobiernos y las autoridades sanitarias tardaron tanto tiempo en reaccionar? ¿Ignoraban lo que estaba pasando? ¿Nadie les avisó? Son preguntas que muchos ciudadanos se hacen a la luz de la propagación de la epidemia a escala mundial. La queja es que de haber actuado con más rapidez se hubieran evitado muchos contagios y muertes. ¿Por qué esta tardanza irresponsable, es que nadie sabía nada?

Una tormenta anunciada

Saber se sabía, y mucho. No hay excusas que valgan. “*No podemos decir que esto nos haya cogido por sorpresa* —dice el sociólogo Jeremy Rifkin—. Todo lo que nos está ocurriendo se deriva del cambio climático, del que han venido advirtiendo los investigadores y yo mismo desde hace tiempo. Hemos tenido otras pandemias en los últimos años y se han lanzado advertencias de que algo muy grave podría ocurrir”[67].

Hace tiempo que los gobiernos y autoridades mundiales venían siendo advertidos de amenazas evidentes de pandemias semejantes a la que sufrimos. Este aviso no procedía del cerebro calenturiento de algunos lunáticos o profetas del apocalipsis, sino de científicos y epidemiólogos de reconocido prestigio.

Hasta que no les explotó en la propia cara los dirigentes políticos minimizaron el peligro y, en el caso destacado de algunos, alegremente decían “no creer” en los informes de los técnicos, cuando aquí no se trata de creer o no creer, sino de *saber*, de

analizar la información, de contrastar los datos y de respetar el trabajo de los expertos, pero todos somos conscientes de las presiones de las fuerzas vivas de la economía sobre los gobiernos.

Los hechos, como señales de peligro, estaban ahí, premonitorios, recogidos en sendos informes oficiales: las diversas emergencias causadas por el cólera y la peste en 2017. Pero, claro, esto ocurría allende de nuestras fronteras, en la periferia del mundo rico; así que nada de qué preocuparse ni tomar nota. Cosas de pobres, *enfermedades de pobres*. La Organización Mundial de la Salud (OMS), que lo veía venir, señaló el 2018 como un año de brotes de enfermedades y otras emergencias de salud pública en todo el mundo. Por *en todo el mundo* muchos entendieron los pobres de siempre. Se olvidaba que en un mundo globalizado e interconectado como el nuestro ya no hay lugares aislados en sus privilegios e inmunes a que un estornudo en Pakistán, por poner un ejemplo, no provoque una epidemia en el corazón de los centros urbanos más distinguidos.

A perro flaco todo son pulgas. En los países pobres no es solo que tengan un sistema de salud lleno de agujeros con tantas carencias que no llega a todos, es que, además y desgraciadamente, se encuentra mermado por los conflictos que los desangran, desde Yemen hasta Ucrania, desde Sudán del Sur hasta la República Democrática del Congo. *Los centros de salud, el personal sanitario y las infraestructuras esenciales son cada vez más el blanco de las partes combatientes*, denuncia OMS. A menudo, el personal humanitario que trata de suministrar alimentos, agua y medicamentos que salvan vidas no puede acceder a las personas que los necesitan desesperadamente. Este es el mundo en que vivimos.

La OMS estima que, cada año, se registran más de 200 millones de casos de paludismo en el mundo, y que esta enfermedad, transmitida por mosquitos, causa más de 400.000 defunciones. Pero, claro, en

un 90% la mortalidad se registra en países en los que nadie piensa, pertenecientes al África subsahariana[68].

En septiembre de 2019 la Junta de Vigilancia de la OMS publicó un extenso informe sobre la emergencia sanitaria que se avecinaba. Mencionó expresamente a la OMS porque este organismo ha sido denunciado por Mr. Trump de «ocultar y manejar inadecuadamente la importancia de la expansión del coronavirus», debido a lo cual decidió congelar la aportación de EE.UU. a la OMS. El director de la prestigiosa revista científica *The Lancet*, Richard Horton, reaccionó escribiendo en su cuenta de Twitter que la decisión de Trump es «un crimen contra la humanidad... Cada científico, cada sanitario, cada ciudadano debe resistir y rebelarse contra esta traición a la solidaridad global»[69]. La OMS llamó la atención sobre los contagios en Wuhan el 5 de enero. Cuatro días después distribuía una guía a los Estados miembros sobre este desconocido virus. El último día de enero declaraba la emergencia global[70].

En el informe de septiembre de 2019 la OMS, titulado *Un mundo en peligro*, comenzaba diciendo: “Nos enfrentamos a la amenaza muy real de una pandemia fulminante, sumamente mortífera, *provocada por un patógeno respiratorio* que podría matar de 50 a 80 millones de personas y liquidar casi el 5% de la economía mundial. Una pandemia mundial de esa escala sería una catástrofe y desencadenaría caos, inestabilidad e inseguridad generalizadas. *El mundo no está preparado*”[71]. Hasta aquí esto resultaba fácil de entender por los presidentes y sus consejeros —se supone que al menos algunos de sus consejeros o asesores lo leyeron—, pero lo que se podía atragantar un poco es cuando a continuación se dice: “El mundo necesita establecer de forma proactiva los sistemas y compromiso necesarios para detectar y controlar posibles brotes epidemiológicos. Tales actos de preparación constituyen un bien público mundial que debe promover de forma constructiva la *colaboración de las comunidades* —ya sean locales o internacionales

— en la preparación, detección, respuesta y recuperación. *Invertir en la preparación ante las emergencias sanitarias* mejorará los resultados sanitarios, generará confianza en la comunidad y reducirá la pobreza, y contribuirá también a los esfuerzos por alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas”[72].

Y concluía: “Lo que necesitamos es liderazgo y la voluntad de actuar con firmeza y eficacia”. Precisamente lo que más estamos echando en falta, un liderazgo unido y comprometido en el bien general.

Información no faltaba, estaba ahí, pero no se le hizo caso. Demasiados ocupados con congresos internacionales de empresas y empresarios; con la celebración de juegos olímpicos; con las grandes competiciones deportivas... ¿Por qué hacer caso a rumores de desastres cuando todo iba tan bien? El riesgo de pandemias de tipo coronavirus estaba en el aire, se podía haber trabajado en investigación y vacunas, como recomendaba la OMS a los dirigentes mundiales, pero esto no se incluía en los presupuestos nacionales, antes lo contrario, precisamente recorte en gasto sanitario e investigación médica.

Por lo general, como dice Peter Daszak, uno de los autores del informe, “tenemos una amnesia colectiva: olvidamos las pandemias después que suceden. Y entre pandemias pensamos: ¿Por qué estas personas están tan preocupadas por estos virus? Es muy poco probable...”[73]. A esto se suma el coste de investigación de los virus, que requiere financiación, para lo cual sería necesario que los países de todo el mundo trabajasen juntos, lo cual de momento suena a utopía.

Entre 2011 y 2018, la OMS realizó un seguimiento de 1483 brotes epidémicos en 172 países. Enfermedades potencialmente epidémicas como la gripe, el síndrome respiratorio agudo severo (SARS), el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS), el ébola, el zika, la peste o la fiebre amarilla, entre otras, presagian una

nueva era marcada por una mayor frecuencia en la aparición de brotes de consecuencias nefastas y *propagación potencialmente rápida*, cada vez más difíciles de gestionar.

Virus liberados del hielo

Esta epidemia debería hacer reflexionar a los negacionistas del cambio climático. No es nada fácil. Demasiados intereses económicos por medio. Otros son aquel criado del profeta Elías, que cuando este profetizó una gran lluvia después de una larga sequía, siete veces fue a la orilla del mar y no vio nada, y cuando al final vio algo, le pareció una nube que cabía en la palma de la mano. No presagiaba una tormenta, pero esta llegó y fuerte (*1 Re 18:42-44*). Del mismo modo, quienes niegan el calentamiento global no ven nada fuera de lo normal. La tierra ha pasado por muchos ciclos alternos de calor y frío, debido a causas naturales: un leve desplazamiento del eje de rotación de la tierra, un mínimo cambio en su movimiento de traslación alrededor del sol y ya tenemos asegurada una tormenta perfecta. El resultado de la actual investigación científica del cambio climático informa que eje de rotación de la Tierra se ha desplazado 10 centímetros por año debido al deshielo de Groenlandia, cuya masa de agua descongelada aumenta del nivel del mar que produce el desplazamiento del eje de rotación de la Tierra. El deshielo de Groenlandia es causado por el calentamiento global, relacionado con la actividad humana, así lo confirman los expertos de la NASA. “Los registros independientes a largo plazo de estaciones meteorológicas, satélites, boyas oceánicas, mareógrafos y muchas otras fuentes de datos confirman que nuestra nación, como el resto del mundo, se está calentando. Los patrones de precipitación están cambiando, el nivel del mar está aumentando, los océanos se están volviendo más ácidos y la frecuencia e intensidad de algunos fenómenos meteorológicos extremos están aumentando. Muchas líneas de evidencia independiente demuestran que el rápido

calentamiento del último medio siglo *se debe principalmente a las actividades humanas*”[74].

También el papa Francisco, asesorado por una amplia comunidad de científicos, llega a la misma conclusión, luego de ponderar las causas naturales indudablemente presentes en el cambio climático. “La humanidad está llamada a tomar conciencia de la necesidad de realizar cambios de estilos de vida, de producción y de consumo, para combatir este calentamiento o, al menos, las *causas humanas que lo producen o acentúan*. Es verdad que hay otros factores (como el vulcanismo, las variaciones de la órbita y del eje de la Tierra o el ciclo solar), pero numerosos estudios científicos señalan que la mayor parte del calentamiento global de las últimas décadas se debe a la gran concentración de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano, óxidos de nitrógeno y otros) emitidos sobre todo *a causa de la actividad humana*”[75].

¿Qué tiene que ver esto con el tema de los virus y las epidemias? Al parecer, mucho. Según los expertos del Fondo Mundial para la Naturaleza (*World Wildlife Fund, WWF*) el cambio climático *funciona como acelerador de algunos procesos destructivos o amenazas para la biodiversidad*. Facilita la aparición de determinadas especies en nuevas áreas donde pueden llevar enfermedades antes desconocidas o desaparecidas; lo que se llaman “virus reemergentes”. Esto puede ocurrir con determinadas aves, pero es especialmente notorio y dramático con varias especies de mosquitos o garrapatas, que suelen ser vectores y transmisores de virus y otras enfermedades. Es el caso del mosquito *Aedes*, portador del virus del *dengue*, cuya incidencia mundial se ha multiplicado drásticamente en las últimas décadas, tanto que el riesgo de infección afecta a aproximadamente la mitad de la población mundial. En 2019 se produjo un gran aumento en la cantidad de casos de dengue en todo el mundo. Más grave todavía, el calentamiento global funde el hielo de todo el planeta y libera distintos tipos de virus que han

permanecido siglos retenidos. La fusión de un glaciar chino podría liberar 33 especies de virus, 28 de ellas completamente desconocidas para la ciencia y con potencial de infección a humanos. Algo similar ocurre cuando se derriten los suelos permanentemente congelados (*permafrost*) de las zonas boreales, tal como se vio por ejemplo en 2016 con los brotes de ántrax en Rusia. Es probable que no se trate de casos aislados y haya otros virus y bacterias enterrados bajo el hielo[76].

Notas

[67] Jeremy Rifkin, “Estamos ante la amenaza de una extinción y la gente ni siquiera lo sabe”, [https://theconversation.com/jeremy-rifkin-estamos-ante-la-amenaza-de-una-extincion-y-la-gente-ni-siquiera-lo-sabe-136986?](https://theconversation.com/jeremy-rifkin-estamos-ante-la-amenaza-de-una-extincion-y-la-gente-ni-siquiera-lo-sabe-136986?utm_source=facebook&utm_medium=bylinefacebookbutton&fbclid=IwAR3hMIETEHZb7bGVrmCnTBq4zAU8PjrmeZE4uR667IaOOP7yKbeHfeoPi-g)

[utm_source=facebook&utm_medium=bylinefacebookbutton&fbclid=IwAR3hMIETEHZb7bGVrmCnTBq4zAU8PjrmeZE4uR667IaOOP7yKbeHfeoPi-g](https://theconversation.com/jeremy-rifkin-estamos-ante-la-amenaza-de-una-extincion-y-la-gente-ni-siquiera-lo-sabe-136986?utm_source=facebook&utm_medium=bylinefacebookbutton&fbclid=IwAR3hMIETEHZb7bGVrmCnTBq4zAU8PjrmeZE4uR667IaOOP7yKbeHfeoPi-g)

[68] Datos extraídos del informe de la Organización Mundial de la Salud, Diez amenazas a la salud mundial en 2018, <https://www.who.int/features/2018/10-threats-global-health/es/>

[69] *COVID: Trump acusado de "crimen contra la humanidad" por cortar fondos a la OMS en plena pandemia*, <https://es.euronews.com/2020/04/15/covid-trump-acusado-de-crimen-contra-la-humanidad-por-cortar-fondos-a-la-oms-en-plena-pand>

[70] <https://www.elindependiente.com/politica/2020/04/15/trump-culpa-al-oms-de-la-pandemia-del-coronavirus-y-congela-la-aportacion-de-eeuu/>

[71] OMS, *Un mundo en peligro*, p. 6. https://apps.who.int/gpmb/assets/annual_report/GPMB_Annual_Report_Spanish.pdf

[72] OMS, *Un mundo en peligro*, p.6.

[73] Gerardo Lissardy, "*Estamos encarando epidemias como el covid-19 de forma equivocada*": entrevista con el ecólogo de enfermedades Peter Daszak, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51796442>

[74] Borja Rodrigo, *La NASA no ha admitido que el culpable del cambio climático sean «cambios en la órbita solar» en vez de los gases invernadero*, 5 septiembre 2019 <https://www.newtral.es/la-nasa-no-ha-admitido-que-el-cambio-climatico-sea-causa-de-cambios-en-la-orbita-solar-en-vez-de-por-los-gases-invernadero/20190905/>

[75] Francisco, *Laudato Si'*, 12.

[76] WWF España, *Pérdida de naturaleza y pandemias*, p. 9. <https://www.wwf.es/?54120/Perdida-de-naturaleza-y-pandemias-Un-planeta-sano-por-la-salud-de-la-humanidad>



La economía del coronavirus

Debido a la sobreexplotación de los recursos naturales hemos “despertado” a los virus que estaban confinados en su propios hábitats o congelados en los polos y se han introducido en nuestras sociedades modernas por diferentes medios, de tal modo que nos vemos inmersos en una *nueva era de enfermedades infecciosas* de las que nos prevenía el informe de 2019 de la OMS. Y ahora es la hora de actuar unidos y solidariamente (un sueño nada más). Todos estamos en el mismo barco y nadie se salvará solo. No hay un arca de Noé para uso exclusivo de la élite, de los que están arriba. Hasta allí también llegarán las olas del virus.

Divino Mercado

El dios de este siglo tiene un nombre claro y distintivo: Mercado. Cuenta con infinidad de adoradores, cuyo credo básico se reduce a conseguir beneficios cada vez mayores, no importa que sea mediante la producción de bienes de consumo, o de productos financieros que solo benefician a los especuladores. A los ladrones, a los codiciosos, para entendernos. Personas, pueblos, países, el mundo entero está supeditado a este culto. No hay otro programa que su programa. Maneja una sustancia, un sacramento con el que todos quieren comulgar: *Dinero*. Su moral es la antítesis de la ética cristiana: *Greed is good*, la avaricia es buena, tal es el lema que preside su templo de Wall Street. Tal es “la blasfemia de nuestros

días, la herejía suprema, que acaba siendo siempre idolatría” (Pedro Casaldáliga).

Nadie contaba con que una diminuta mota de polvo de la Covid-19 pusiera de manifiesto los pies de barro del sistema. El mercado se ha venido abajo. La bolsa se desploma. Una colosal caída del coloso. Los científicos ya sabían que vendrían pandemias, probablemente de la variedad del coronavirus, cuyas consecuencias serían terribles para la economía. “Hubiese sido posible prepararse en aquel punto y abordarlo como se hace con la gripe — reflexiona Noam Chomski—. Pero no se ha hecho. Las farmacéuticas tenían recursos y son superricas, pero no lo hacen porque los mercados dicen que no hay beneficios en prepararse para una catástrofe a la vuelta de la esquina”[77]. Lo mismo decía en España, Vicenç Navarro, economista y catedrático de Ciencias Políticas. “Los productores de vacunas y fármacos son las empresas farmacéuticas, en su mayoría radicadas en los países ricos, que tienen como objetivo principal optimizar sus beneficios, lo cual quiere decir que solo producen vacunas o fármacos para enfermedades que les son rentables, según el criterio de lo que llaman *mercados*”[78].

De Marduk a Wall Street

Toda la Biblia, desde Génesis en adelante, es una denuncia y una lucha contra la idolatría, contra las ideologías que se imponen sobre la gente y la subyuga, le chupa la sangre y le niega la libertad. El primero ídolo/vector ideológico de la época con quien ajusta cuentas el autor bíblico es con Marduk, el creador del hombre en la cultura del antiguo Oriente Próximo. Un dios ingenioso que junto a otros dioses, los únicos seres existentes en los antiguos mitos, tenía que realizar la laboriosa y agotadora faena de cavar zanjas y elevar diques para conducir el agua que alimentase los cultivos necesarios para su sustento, puesto hasta los dioses tienen que comen, si no, mueren. Un día a Marduk se le encendió la luz. Acudió ante la Junta de Dioses y les propuso su brillante idea: crear un ser que hiciera el

trabajo por ellos y así ellos poder descansar y dedicarse al ocio. Los dioses son clase ociosa, aunque les gusta apremiar al trabajo a los demás. Todos aplaudieron con regocijo la propuesta. *Hombre* llamarían a aquel engendro, que soportaría toda la carga de su sustento y de su bienestar. Y así se hizo. Así es como surgieron los hombres al servicio de los dioses. Este relato se encuentra también en la cultura precolombina. En el moderno Mercado (*Market*, en inglés; *Markt* en alemán) resuena el nombre del viejo Marduk. Un mismo espíritu les anima. Los de *abajo*, el pueblo, al servicio de los de arriba —la aristocracia monetaria—, realizando los trabajos más pesados por la menor remuneración posible, la mínima para mantenerles vivos y con la suficiente fuerza para realizar su trabajo esclavo. La Junta de Accionistas (que así se llama ahora la antigua asamblea de dioses) a recibir beneficios, y con la *advertencia* —imperativa— de aumentarlos cada día más, exigiendo mayor rendimiento y productividad de la clase obrera, sin reparar en el sufrimiento humano ni en los costos medio ambientales.

Frente a esta concepción de la divinidad (espejo de la realidad social), se levanta majestuosa y única la visión del Dios bíblico. Crea al hombre por un acto libre y desinteresado. Lo que diríamos un acto de amor. No lo pone a su servicio, ni siquiera como monaguillo que haga sonar la campana cada vez que se levante o se siente, o tenga ganas de oír alabanzas en su nombre. Sencillamente, Dios crea al hombre por el hombre mismo, o como diría el filósofo E. Kant: *el hombre es un fin en sí mismo*, no un medio para usos de otros individuos, lo que lo convertiría en una cosa[79]. Exactamente, no es un *medio*, una *cosa*, a utilizar por otros. Al contrario, es todo un *señor*. Dios los bendijo —varón y hembra—, y les dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). De trabajar para otros — junta de dioses o accionistas—, nada de nada. “He aquí que os he

dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer” (v. 29). En el relato del segundo capítulo genesiaco se dice que Dios tomó al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase (2:15), pero para su propio sustento. Un trabajo no enajenado de su persona, como mercancía, sino como realización personal para su propio mantenimiento. El entorno insuperable: un huerto provisto de todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer (2:9). En resumen, el hombre, según la versión bíblica en confrontación con la caldea, no está hecho al servicio de los dioses, del mercado o de la economía, sino al contrario, como dirá Jesucristo respecto al Sábado (Marcos 2:27). El hombre no está creado para la Economía, sino la Economía para hombre. Si alguien no entiende esto, difícilmente entiende la Biblia, y mucho menos el Evangelio de Cristo.

Esto no significa la negación del mercado y de la economía, lo que se condena es su absolutización, el pecado de convertir un medio en un fin, lo cual es trastocar el orden divino de la creación, que es vida y simbiosis; homeosis y ayuda mutua, que es precisamente lo que trastoca el pecado, negación de lo que se afirma, afirmación de la negatividad.

El relato del acadio Marduk, más allá del mito, refleja la situación socioeconómica de la sociedad en que fue compuesto. Una sociedad dolorosamente dividida entre los de arriba y los de abajo, cuyos reyes-sacerdotes, o sacerdotes-reyes legitiman sus privilegios recurriendo a una historia que remite al *principio del tiempo* la situación de desigualdad existente entre los hombres. Es lo que los autores bíblicos nunca hacen. Eso explica su desconfianza y su rechazo de tener un rey como los demás pueblos (1 Samuel 8:4-5), pueblos politeístas dominados por una casta monarco-sacerdotal-terratiente indiferente a la desgracia del pueblo, al que se priva de todo para ellos acapararlo todo. Encima, los de abajo deben

agradecer las migajas que caen de las opulentas mesas de sus dueños. El viejo profeta Samuel argumenta contra la conveniencia de tener un rey semejante a los pueblos idólatras. Con el corazón dolorido expone las razones por las que la monarquía no debía tener lugar en Israel:

“Esto es lo que os espera con el rey que os va a gobernar: Llamará a filas a vuestros hijos, y a unos los destinará a los carros de combate, a otros a la caballería y a otros a su guardia personal [...] Tomará también a su servicio a vuestras hijas, para que sean sus perfumistas, sus cocineras y sus panaderas. Se apoderará de vuestras mejores tierras y de vuestros mejores viñedos y olivares, y se los entregará a sus funcionarios. Os quitará la décima parte de vuestros cereales y viñedos, y se la entregará a los funcionarios y oficiales de su corte. También os quitará vuestros criados y criadas, y vuestros mejores bueyes y asnos, y los hará trabajar para él. Se apropiará, además, de la décima parte de vuestros rebaños, y hasta vosotros mismos tendréis que servirle” (*1 Samuel 8:11-17, DHH*).

Pero el pueblo no escuchó, ¿cuándo escucha el pueblo?, y tuvieron reyes *semejantes al resto de los pueblos*, y por lo mismo se dividieron entre sí; la exigencias caprichosas e intolerables de un rey obligó a las tribus a partirse en dos reinos, con sus respectivos reyes. Unos alcanzaron más gloria que otras, pero en ambos reinados los profetas no dejan de denunciar el quebrantamiento de la ley divina, el abandono de las viudas y de los huérfanos. Desde entonces, el Dios de Israel es más que nada el Dios y padre de los huérfanos y de las viudas; de los extranjeros y de los pobres de la tierra. Estas son las prioridades de Dios, por encima de las batallas y triunfos de los ejércitos israelitas; de la prosperidad y riqueza de sus gobernantes; incluso por encima del sistema sacerdotal y sus sacrificios de animales engordados.

Algo anda muy mal en el mundo cuando en el país más rico y poderoso del mundo, a la gente de abajo le preocupa más la factura del hospital que su propia curación.

Notas

[77] “*Hemos entregado nuestro destino a tiranías privadas*”, <https://www.efe.com/efe/espana/cultura/chomsky-estamos-ante-otro-fallo-masivo-y-colosal-del-capitalismo-neoliberal/10005-4226729>

[78] Vicenç Navarro, *Lo que no se ha dicho de la epidemia de coronavirus*, <https://www.nuevatribuna.es/opinion/vicenc-navarro/ha-dicho-epidemia-coronavirus/20200316192235172144.html>

[79] Ernmanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Alianza Editorial, Madrid 1999.



La gran mutación

Esta epidemia ha sacado lo mejor de muchos, dando pruebas de verdadero heroísmo; pero también la bajeza de otros, revelando la ambigüedad del ser humano que siempre se mueve, nos movemos, entre dios y el diablo, *ángeles y demonios* al mismo tiempo. Los que no tienen no son mejores que los tienen, solo que en los que tienen se revela, se descorre el velo que cubre el recinto interior del egoísmo e insolidaridad que a todos nos parasita. Leo como resignada confirmación lo que la teóloga Emilce Cuda dice de lo que está ocurriendo en Italia: “En el país del Papa Francisco desató las furias entre los empresarios quienes, en respuesta y por pura provocación, también tomaron una decisión: despedir trabajadores en medio de la pandemia, al margen de la mesa de diálogo social, sin amenaza de quiebra. ¿Lo hicieron por fines económicos o políticos? Lo hicieron por decisión, y punto”[80].

¿Cómo saldremos de esta?

La pandemia del coronavirus ha puesto en evidencia los fallos del sistema económico actual dominado por el pensamiento único del neoliberalismo. Estaban ahí, pero mientras afectaba a otros, los demás creían que eso no era probable que les ocurriera a ellos. Somos demasiados optimistas respecto a nuestra propia suerte, decía Eduardo Punset, soñamos que moriremos de viejos y con pocas enfermedades. ¿A quién, cuando la vida le sonrío, le preocupa el incremento de las enfermedades conocidas como *diseases of despair*, “enfermedades de la desesperación”, tales como suicidios, alcoholismo, drogadicción y violencia interpersonal que se da entre

las personas de pocos recursos. Eso le pasa a los otros, que no saben afrontar las contrariedades, ni luchan con todas sus fuerzas para salir su situación negativa. Unos fracasados.

Así se explica que, incluso entre las clases más afectadas, se acepte sin rechistar el avance de la ideología de muerte, las políticas neoliberales, llevadas a la práctica desde los años 80 del siglo pasado. Hemos sido testigos del desmantelamiento del Estado de Bienestar, ya precario de por sí en España e inexistente en otros países. “El punto central de esta ideología neoliberal ha sido disminuir las intervenciones del Estado que favorezcan el bien común, hecho responsable del enorme descenso de la calidad de vida y bienestar de las poblaciones, contribuyendo con ello a crear la enorme crisis climática, por un lado, y a la pandemia, por el otro”[81]. Todos los analistas de la situación presente, ya sean economistas, filósofos, políticos, sociólogos o poetas, coinciden en afirmar que *ya nada va a ser como antes*. “Las cosas a las que estábamos acostumbrados como parte de nuestra vida diaria ya no se darán por sentadas, tendremos que aprender a vivir una vida mucho más frágil con amenazas constantes. Tendremos que cambiar toda nuestra postura ante la vida, ante nuestra existencia como seres vivos entre otras formas de vida”[82].

La Covid-19 nos he metido en un terreno pantanoso, en un campo de arenas movedizas del que no sabemos cómo vamos a salir. Los hay más o menos optimistas, como Noam Chomsky, que sin negar las dificultades que tendremos que afrontar, afirma que *se puede conseguir*, se puede salir de esta situación. “Los humanos nos hemos enfrentado ya a graves problemas en el pasado»[83].

Para Vicenç Navarro, *estamos siendo testigos del fin del neoliberalismo*. “La pandemia está mostrando la necesidad de cambiar profundamente las correlaciones de fuerzas dentro los Estados, a fin de eliminar la excesiva influencia de unos intereses particulares que obstaculizan *alcanzar el bien común*”[84].

Lo bueno de esta epidemia, como ha puesto de manifiesto Žižek, es que la Covid-19 en su intromisión involuntaria en nuestras vidas ha puesto de manifiesto las líneas que nos separan de la barbarie. “Uno de los signos de la civilización actual es la creciente percepción de que continuar las diversas guerras que rodean el mundo es una locura total y sin sentido. Así también la comprensión de que la intolerancia hacia otras razas y culturas, o hacia las minorías sexuales, palidece ante la magnitud de la crisis a la que nos enfrentamos”[85].

Conversión o barbarie

Conociendo como conocemos la naturaleza humana —bajo el signo del pecado—, nos extraña mucho que la percepción *intelectual* de la locura y barbarie que representan las guerras (locura que ya denunció con vigor Erasmo de Rotterdam en su día, cuando los príncipes jugaban a ser mecenas del arte), la intolerancia racial o sexual, vaya a comunicar a la *voluntad* la capacidad de enmienda. Me parece que los males y fallos de nuestro sistema-mundo no va pasar a un segundo plano porque hayamos tenido una *experiencia cercana a la muerte* debido al peligro de la Covid-19, antes me creo la visión más negra estilo *Walking dead*[86], o el más civilizado “usted es un peligro potencial de contagio, por favor, manténgase alejado, abandone nuestro vecindario”.

¿Puede el etíope cambiar de piel,
o el leopardo quitarse sus manchas?

Jeremías 13:23.

Más realista me parece la propuesta de Jesucristo, que comienza con una llamada a la conversión general. “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (*Lucas 13:5*). *O nacemos de nuevo* (*Juan 3:3*) o aquí no hay quien viva. No nacer *a lo nuevo*, sino dejar que lo nuevo *nazca en nosotros*. Es decir, permitir que lo que está por encima de nuestras fuerzas nos agracie con la fuerza que ya no es

vivir en el yo, dichoso o desgraciado, sino en aquello que afianza el yo, para que su no-yo sea el yo-valor que se planta en medio de la vida, perdonado y rehecho. Un yo que sale del yo para recuperar su yo. No es un juego de palabras, es el camino que va de la muerte a la vida. La vida que es muerte del viejo hombre y alumbramiento del nuevo hombre creado en Cristo Jesús (*Efesios 2:10*). Nueva creación (*2 Corintios 5:7*) que es *la gran mutación* de la que habla nuestro querido amigo Xabier Pikaza. La necesidad más urgente de nuestra sociedad, pero también la menos accesible dada la desconfianza y la indiferencia creciente a la religión, el espíritu. “En sentido general, la vida de los hombres cambia *por evolución*, a través de pequeñas variaciones a partir de aquello que existía previamente. Pero Jesús no ha sido una simple evolución, un breve cambio dentro de un modelo de vida ya existente, sino una *mutación*, una nueva creación”[87].

Esta mutación que necesitamos no es de orden vírica, a pesar de que estamos colonizados por microorganismos instalados en cada partícula de nuestro cuerpo; ni acto de la voluntad, ya religiosa, ya política, impotente en cuanto parte y cómplice de la vieja creación; es la irrupción del Espíritu en el valle de los huesos secos de nuestra vieja naturaleza, cuyo aliento hace resucitar (*Ezequiel 37:4-6*), rompe el corazón de piedra y le da vida (*Ezequiel 11:19-20*); en una palabra, es voluntad divina que hace nuevas todas las cosas (*Juan 1:13; Apocalipsis 21:5*). Se impone no imponiendo, solo amando (*Juan 3:16*), de modo que nuestra impotencia se convierte en *dynamis*, potencia renovadora con la llama del amor, pues solo el amor puede salvarnos:

Amor pobre, pero rico; manso, pero audaz; hambriento, pero saciando a muchos; justo, pero justificando a los injustos; limpio, pero ensuciándose por el bien común; pacífico, pero aguerrido para no discriminar a nadie; perseguido, pero victorioso (*Mateo 5:3-12*).

“Más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (*Romanos 8:37*).

No es el nuestro un mundo proclive al cambio, pero nada sino una conversión sincera y profunda al Evangelio puede ayudarnos, a creyentes y no creyentes, a religiosos o a autodenominados cristianos. La conversión a Cristo es levadura que hace fermentar la masa. Sal que da sabor a la existencia.

No saldremos mejores de esta pandemia, pero quizá sí más conscientes de nuestra fragilidad, de lo efímero de nuestra existencia, del mal a nuestro alrededor. Puede que esta conciencia nos dure poco, si es que llega a darse. Sería un desperdicio vital no haber aprendido nada. Pero que regocijo que en la presente postración escuchemos una nota, si musical o existencial no se sabe, pero que nos llegue como lo más nuestro que no es nuestro, pero que necesitamos desesperadamente. Mutación y simbiosis por la que eternamente nos asociamos en el tiempo con la realidad que nos devuelve nuestra *verdadera imagen*, a nuestro verdadero ser contagiado por los males del mundo, *viciado conforme a los deseos engañosos* (*Efesios 4:22*). En Cristo recupera ese hombre roto y completo, alegre y triste, solitario y acompañado, sano y viciado, la imagen perdida de Dios, que es verdadera imagen del hombre y la mujer destinados a una vida superior, llamados por gracia y por gracia recuperados como una vuelta al hogar, que es Cristo (*Romanos 8:29*). A partir de ahí la nueva creación comienza como una nueva manera de ver y entender el mundo, atento a sus carencias y dispuesto a su cuidado.

Notas

[80] Emilce Cuda, "Estamos sitiados entre dos frentes: el viral y el liberal", <https://www.religiondigital.org/opinion/Emilce-Cuda-sitiados->

[frente-liberal-viral-capitalismo-pobreza-america-mundo-crisis-coronavirus-estado-derechos_0_2219778006.html](https://www.nuevatribuna.es/opinion/vicenc-navarro/ocultando-debate-pandemia/20200324140346172554.html)

[81] Vicenç Navarro, *Lo que se está ocultando en el debate sobre la pandemia*, <https://www.nuevatribuna.es/opinion/vicenc-navarro/ocultando-debate-pandemia/20200324140346172554.html>

[82] Slavoj Žižek, *¡Pandemia! El Covid-19 sacude al mundo*, p. 49. Abril, 2020

[83] Noam Chomsky: «Superaremos la crisis del coronavirus, pero tenemos crisis más serias por delante», <https://kaosenlared.net/noam-chomsky-superaremos-la-crisis-del-coronavirus-pero-tenemos-crisis-mas-serias-por-delante/>

[84] Vicenç Navarro, *Lo que se está ocultando en el debate sobre la pandemia*, <https://www.nuevatribuna.es/opinion/vicenc-navarro/ocultando-debate-pandemia/20200324140346172554.html>

[85] Slavoj Žižek, *¡Pandemia! El Covid-19 sacude al mundo*, p. 63. Abril, 2020

[86] “En el inicio de la cuarentena, las armas y las bebidas alcohólicas fueron los productos más vendidos. Ante un posible escenario *Walking dead*, parte de la sociedad americana corrió a las tiendas de armas y municiones, Las noticias de la CBS daban cuenta de disparos entre vecinos. El alcalde de Baltimore, Jack Young, debió pedir a los ciudadanos que dejaran de tirotearse entre ellos para no tener que usar camas de hospitales destinadas a enfermos de Covid-19”. Walter C. Medina, *Sacrificar a los débiles. American way of...* https://www.nuevatribuna.es/articulo/global/sacrificar-debiles-american-way-of/20200423175750173935.html?fbclid=IwAR3gCFx-JT6_k5unp7adeljkAG8PnnPVhW5CsJQqW1Kuka2rGO1PcUFFCMU

[87] Xabier Pikaza, *Coronavirus, un tiempo para “resucitar”*. *La mutación cristiana*, https://www.religiondigital.org/el_blog_de_x-

[_pikaza/Coronavirus-ocasion-resucitar-pascua-mutacioncristiano_7_2224347544.html](#)



LA PANDEMIA DEL COVID-19 está llevando de cabeza a los investigadores científicos y personal sanitario; a los gobernantes de todo el mundo; a los economistas; a los pequeños y grandes empresarios, y a toda la población en general, por miedo al contagio y a las consecuencias para su vida laboral futura. Los religiosos también se han visto sacudidos en sus creencias y valoraciones. Para muchos se trata de un castigo divino por los pecados de la sociedad; para otros, una señal de que se acerca la catástrofe final del Apocalipsis, un indicio del terrible Juicio Final. A un buen número le sume en la perplejidad, aunque confiado en sacar las lecciones oportunas del mismo.

La Biblia no habla de los virus, pero es un hecho que existen -un vasto universo paralelo. En ocasiones son responsables de millones de muertos. ¿Cómo es posible que Dios los creara? ¿Cuándo lo hizo? ¿Por qué? Preguntas difíciles que aquí se analizan de una manera adecuada y responsable con vistas a una orientación cristiana que ayude a entender y actuar.

Además el autor informa de la verdadera naturaleza de la pandemia y de su origen claramente trazable a la actividad humana y su alteración de la naturaleza, una cuestión de vital importancia que pone en riesgo el futuro del planeta, de lo cual ciertamente esta pandemia sí que es un aviso, como preludio de una *nueva era de enfermedades víricas*. En nuestras manos está el cambio de rumbo, para ello todos necesitamos un verdadera *mutación* personal.

Alfonso Roper, historiador y teólogo, es doctor en Filosofía (Sant Alcuin University College, Oxford Term, Inglaterra) y máster en Teología por el CEIBI. Es autor de, entre otros libros, *Filosofía y cristianismo*; *Introducción a la filosofía*; *Historia general del cristianismo* (con John Fletcher); *Mártires y perseguidores* y *La vida del cristiano centrada en Cristo*.